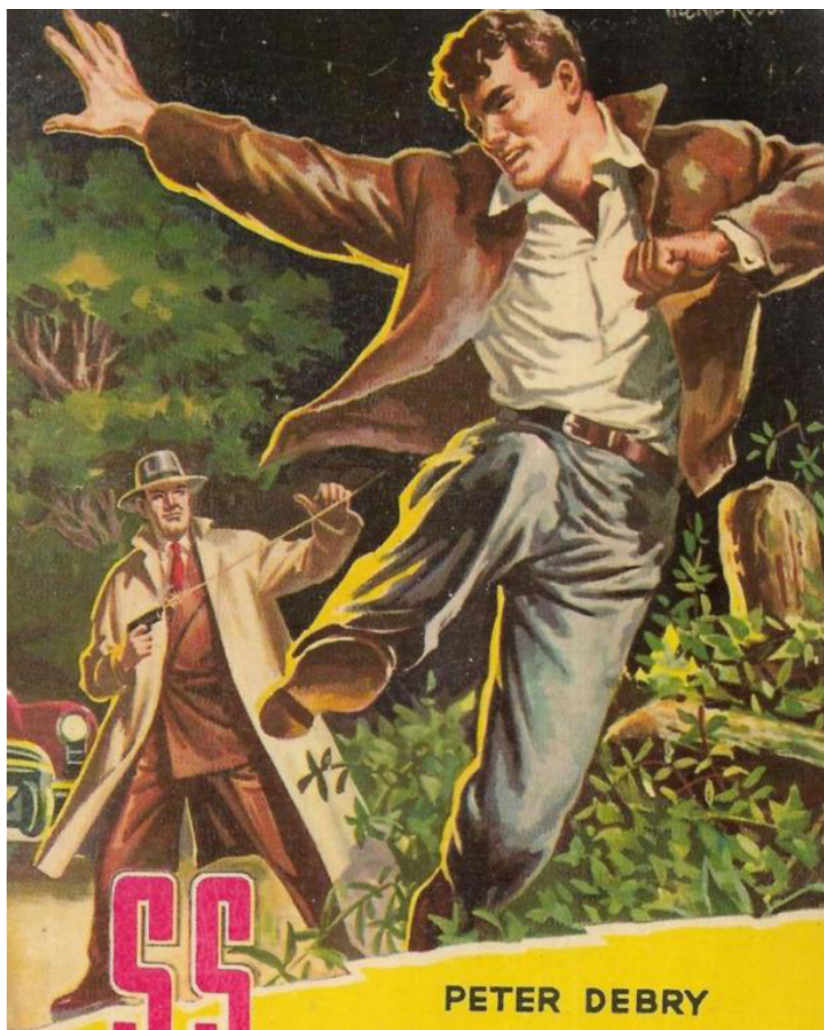

SS
SERVICIO
SECRETO
PETER DEBRY
RON AMARGO

PETER DEBRY

RON AMARGO

1ª EDICIÓN
AGOSTO – 1955



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS EN ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

97. — La dama de los nenúfares. 102. — La fiera acosada. 104. — Corsarios anfibios. 106. — trágica apuesta. 108. — Los evadidos de Cayena. 110. — La banda de la zarpa. 114. — El caso del cai-mán. 117. — Arsénico y estilete. 121. — La red del dragón. 123. — Tres en el infierno. 127. — Pistas sangrientas. 132. — El plan «erizo». 193. — El gang del medio rostro. 195. — Testigos siniestros. 197. — Operación caimán. 199. — Héroes sin nombre. 201. — Piratas de frac. 203. — Agencia de secuestros. 220. — Tres fantasmas. 249. — Rescate en Tonkín.

En Colección PANTERA:
13. — Los guapos de la legión.

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Impreso en talleres de
Editorial Bruguera, S. A. – Proyecto, 2 – Barcelona


RON
amargo
por
PETER DEBRY

CAPÍTULO PRIMERO

Rudy Pardo, al ver a Rick Guilter, crispó levemente los puños en el interior de los bolsillos verticales de su cazadora de cuero.

Estaba aguardando en la estación de Everett North, la llegada del Metro, que le conduciría a su cena frugal en el reducido espacio donde dormía. Aquella tarde no viajaba en su triciclo de reparto, porque era sábado y había ido al cine. Localidad de gallinero, porque no había más barata, y estaba intentando ahorrar.

Vió al que años antes en La Habana se llamaba Ricardo Guiteras, dirigirse hacia él. Para rehuirle, Rudy Pardo se encaminó hacia el extremo de la plataforma, haciendo un gasto impensado, aunque le gustaban los pirulís.

En el Estado de Washington aquellas barritas de caramelo, se llamaban candy. Introdujo la moneda en la ranura, tiró de la palanca, y recogió el caramelo, cuyo papel desenvolvió.

Mordía el extremo, y vió a Rick Guilter que le hacia una seña amistosa, instintivamente, Rudy Pardo le devolvió el saludo, porque no era rencoroso. Habían sido amigos, meses antes. Poco tiempo antes de que Rick se pusiera amenazador, hablando de muertos que aparecen flotando, por no pagar la «cuota».

Una cuota que Pardo hacía tiempo había considerado abusiva. Pero un paisano, era siempre un paisano.

Rick Guilter se aproximó, sonriente:

—¡Hola, Rudy! ¿Qué tal va la vida?

Rudy Pardo sacudió un hombro, para quitarse la mano que encima de la hombrera desgastada de la cazadora comprada de enésima ocasión, acababa de colocar Guilter.

No le gustaba que nadie le pusiera la mano encima, y mucho menos estando a pocos centímetros del borde de las vías.

—Voy tirando.

—Si no tienes nada urgente, podrías acompañarme, Rudy.

—Prefiero ir a dormir.

Rick Guilter rió amistoso:

—Siempre el mismo dormilón este Rudy.

Rudy Pardo no vió nada de gracioso en que le gustase dormir, pero la sonrisa del otro cubano, era contagiosa.

—¿Bueno el pirulí, eh? —siguió riendo Guilter.

Asintió Pardo, tirando la barrita, y relamiéndose. Tenía veinticinco años, y se contentaba con poco, porque estaña convencido que algún día llegaría a tener coche, vestir bien, y poder trabajar en algo más brillante que en repartir paquetes a domicilio.

A demás, las chicas decían que, bien vestido, Rudy estaría guapísimo. Cuando se afeitaba, veía un rostro moreno, enjuto, de ojos soñadores. La cara de un muchacho cualquiera, pero ellas decían…

—Tengo que irme, Rudy. Arriba está el coche de un amigo, que me va a llevar a Crackle Land, para recoger al pobre Floro…

Rick Guilter tenía treinta y cinco años, mucha experiencia y cuatro años de residir en Everett. Se ganaba bien la vida, sin trabajo aparente.

—¿Qué le pasa a Floro? —preguntó Pardo, repentinamente inquieto.

Rick Guilter puso cara, de pesadumbre. Llegaba el Metro y la gente empezaba a apiñarse.

—Hay que llevarlo al hospital. Un chicarrón como él, metido en un trabajo rudo, y poco de aquí…

Rick Guilter juntó los dedos llevándoselos a la boca, añadiendo:

—Gazuza, trabajo rudo, y vivir en Crackle Land, lo han anemiado. Es traidora la anemia.

—Pero un chicarrón como Floro, hombre… ¿Y es grave?

—Yo creo que allá le cuidarán bien. ¿No lo sabías, eh?

—Le vi no hace ni tres días, que salía él del «Boxing». El pobre busca combate, pero sin un «manager».

—Bueno, me voy a recogerle. ¿Quieres algún encargo para él?

El vagón ya repleto de nuevo, cerró sus puertas, y se fué. Rudy Pardo titubeó al preguntar:

—¿Ya somos amigos, Ricardo?

Rick Guilter rió cariñoso, dándole una palmada en un hombro.

—Natural, paisano. Ya no pelearemos más ni quiero discutir contigo, porque, bien mirado, tienes razón. No ibas a estar pagando cuota toda la vida, y más con lo difícil que es ganar plata en Washington. Pero un chico con tu voluntad, llegará.

—¡Gracias, hombre! —dijo, reconocido, Pardo, acompasando su zancada ligera al paso aplomado del rechoncho Guilter, que subía ya las escaleras. Vestía ropa de gran señor, pensó Pardo, sin envidia, sino estimulado. La vida era lucha en Washington, pero se podía hacer fortuna, y vestir trajes de ranilla, calzar zapatos lustrosos, de suela y tacón sin remiendos, y lucir corbatas preciosas con todos los colores del arco iris.

—¿Es grave lo de Floro? —repitió al salir a la acera.

Hizo Guilter una seña, y desde la plazoleta de aparcamiento, se aproximó un «Pontiac» azul obscuro. Conducía un desconocido para Rudy Pardo. Atrás, parecía dormitar otro desconocido, grueso, con sotabarba que desbordaba sobre el cuello flojo de una camisa a cuadros.

—Éste es mi amigo Rudy. El del volante es el señor Somers. Y el de atrás, el señor Purdom. El médico y el abogado del Seguro de Floro.

Al sentarse junto al volante, casi empujado por Guilter, dijo Pardo:

—También es mala suerte la de Floro, hombre.

El del volante, Russ Somers, de perfil agudo, labios delgados, asintió solemnemente. Atrás, el grueso Lewis Purdom, dijo sentencioso:

—Todo se arreglará, todo se arreglará.

Rió Guilter, dando un codazo a Pardo:

—Lo esencial es tener buenos conocimientos, Rudy. ¿Cómo signe su esposa, señor Purdom?

Mientras el «Pontiac» abandonaba el centro, hacia el suburbio donde residía Floro Galván, oyó Pardo, complacido, la honesta conversación del «señor» Purdom que aludía a su esposa padeciendo de nervios, y también rió cuando el grueso a su espalda, hizo comentarios sobre la maldición que son las suegras.

En la carretera hacia el descampado donde estaban las chozas construidas con latas, madera de cajones y taponadas con trapos, Russ Somers, aminorando la marcha del automóvil, dijo:

—Creo que por aquí valdrá.

Asintió Rick Guilter, repentinamente serio.

Russ Somers frenó en seco, con tanta brusquedad, que Rudy Pardo cabeceó hacia adelante. Cuando por el mismo impulso, volvía al respaldo, sintió sus codos aferrados entre las manazas del «señor» Purdom.

Las ideas acudían siempre algo retrasadas a la mente de Rudy Pardo, aunque Floro Galván lo considerase muy inteligente. Pero la falsedad era incomprensible para él.

—¿Por qué nos paramos aquí? —quiso saber.

Russ Somers apagando faros, bajaba.

—Vas a saberlo ahora mismo, mi gran amigo Rudy Ahora verás lo que les pasa a los tunantes como tú. Me hiciste quedar mal con mis jefes al no querer pagar la cuota.

Rudy Pardo que escuchaba con avidez, sintió libres sus codos. Y al mismo instante, desde atrás, Lewis Purdom abatió la culata sobre su cráneo.

Estiró a Guilter por un codo, y empujó a Purdom.

Vacilante, nublada la vista, Rudy Pardo abandonó el coche, yendo a chocar de pecho contra la alambrada protectora a un lado de la carretera.

Russ Somers tenía una voz hiriente, metálica:

—Lárgale ya el plomo, Rick.

—Un momento, un momento, Somers. Ha de saber que conmigo no se juega, este lindo habanero, que quiso venir a los Estados a enriquecerse. Y no hay por qué hacer ruido mientras no se dé cuenta el lindo habanero…

Rudy Pardo tambaleándose, consiguió mantenerse en pie, acodándose en la alambrada. El líquido tibio que le mojaba la nuca debía ser la sangre de la brecha abierta por el culatazo de Purdom.

Veía ante él a Rick Guilter, apuntándole con una automática. Sonreía…

—Hacía ya rato que te acechaba, Rudy. Te seguí hasta la taquilla del Metro. Y luego, bastó con hablarte de tu amigo Floro para que estuvieras todo preocupado…

Lewis Purdom tenía una voz ronca, pastosa.

—Vamos ya Rick. Pueden venir las patrullas que dan sus vueltas…

Esgrimía la automática en cuya culata brillaba un añadido de color rojizo.

Rudy Pardo entreabiertas las dos manos a la altura del pecho, creía aun imposible que fueran a matarle, así tan fríamente, como verdugos.

Miraba a Russ Somers que se sostenía la diestra con el cruce de las solapas.

Después vió cómo Guilter se había convertido repentinamente en un índice doblado junto a un negro gatillo…

El cañón de la automática empuñada por Rick Guilter fué subiendo hasta mirarle…

Iba a disparar. Iba a disparar.

Rudy Pardo se disparó.

Empleando la flexible alambrada, como le viera hacer a Floro Galván, «Kid Florrio», de espaldas a las cuerdas, las tensaba haciendo de ellas una catapulta.

Accionó, poseído de furor y de pánico. Empujando primero el antebrazo de Rick Guilter hacia un lado.

Oyó el estampido del disparo. Creyó que si el gordo Purdom se tambaleaba, era debido al manotazo que, involuntariamente, le acababa de propinar Guilter.

Sólo tenía una idea clara y arraigada: salir escapado de aquellas tres pistolas.

Su zambullida cogió a Russ Somers medio de espaldas, porque se dirigía ya al coche, creyendo sin duda que el disparo salido de la pistola de Guilter, había ya terminado con él.

Russ Somers se revolvió cuando ya Pardo, con todas sus fuerzas, le asestaba un doble manotazo asiéndose entre ellas las palmas.

Russ Somers encajó en la nuca, pero durante unos segundos sirvió de inconsciente parapeto a Rudy Pardo, que atravesaba la carretera, corriendo velozmente.

Rick Guilter disparó, esta vez a conciencia contra el que huía. En el suelo, Lewis Purdom yacía sin aliento, como un globo deshinchado, convirtiéndose su gordura en fláccida.

Rudy Fardo oyó el segundo disparo zumbar cerca, pero corría ya entre las sombras de los maizales.

Y también zumbaba la sirena del coche policial, embalado hacia el lugar del que por orientación tenían un coche parado, y el

estampido en eco de dos espaciados disparos.

Rick Guilter, lívido, crispó la zurda en torno al codo de Russ Somers:

—Él no hablará, porque no le conviene, Russ. Ya lo cogeré… y no le fallaré. Ahora, pongámonos de acuerdo. Vimos el cuerpo de un hombre atravesado en la carretera…

Iba asintiendo Russ Somers, mirando fascinado en el suelo, la gruesa silueta del muerto.

Se acariciaba la nuca dolorida, y Rick Guilter se sentó contra la alambrada que había servido de proyector a Rudy Pardo.

Tenían licencia para uso de armas. Y eran tres empleados de una agencia de Fletes del muelle antillano de Everett.

El coche patrulla freno, iluminando con su foco la escena. Dos hombres, contusos y aún alelados.

Que miraban el cuerpo de su compañero, sin vida.

CAPÍTULO II

El problema de la vivienda afectaba mucho a la superpoblada zona del litoral del Puget Sound, la inmensa bahía del Estado de Washington, donde el Pacífico, remansándose, da origen a la actividad portuaria de las cuatro principales ciudades del Estado: Everett, Seattle, Tacoma y Olympia, la capital.

En Everett, la ciudad más al norte del Puget Sound, una gran zona llamada Crackle Land, primitivamente destinada a los desescombros, fué la sede de traperos, en su mayoría de origen oriental.

Se edificaron sus cabañas y depósitos. La guerra les obligó a abandonar Crackle Land, y otros emigrantes, con sus documentaciones en regla, fueron alojados allí, en espera de mejor porvenir.

Eran ahora centro europeos los que se dedicaban a recoger y clasificar desechos y escombros. Para que un nuevo inquilino pudiera fijar allí su residencia en un espacio cerrado de cuatro por cuatro metros, le bastaba con demostrar que tenía los papeles en regla.

Para soportar allí una temporada, hacía falta un temperamento especial si no se trabajaba en la principal industria de recogida regentada por los polacos.

Exactamente el temperamento que poseía Floro Galván. Una fuerza reposada y tranquila. Setenta y seis kilos musculosos en corta talla, y una filosofía basada en una sola máxima: «Cuando tengo razón, tengo razón».

Floro Galván oyó decir en La Habana, que en los Estados *yankees*, se podía encontrar la oportunidad. El solo deseaba una: que le dejasen encerrado con un árbitro a la vista, entre cuatro cuerdas, y teniendo delante al más pintado de los pesos medios.

Seguía esperando aquella oportunidad. De momento, descargaba

las calas de los mercantes anclados en el muelle antillano de Everett.

Y también hacía como Rudy Pardo: procuraba ahorrar de un sueldo escaso, porque los emigrantes afiliados a los grupos sindicales, tenían que esperar un año antes de ser igualados a los demás en cobro. En trabajo, tenían que superar a los otros.

De siete a ocho, el descargador «Florrio», como le llamaban los otros, efectuaba su entrenamiento en el patio trasero de su domicilio.

Salto a la cuerda, boxeo con su sombra, gimnasia abdominal, y un poco de *footing*. Le sobraba sitio por donde corretear por entre los vaivenes del terreno de Villa Lata.

A las ocho en punto, llegaba el momento principal. La cena jugosa. Patatas, harina y pan, en compacta masa.

Floro Galván, de negros ojos saltones, protegidos por salientes cejas y pómulos, había alquilado por dos dólares mensuales, pagaderos anticipadamente al clan polaco, cuatro tabiques de diversos materiales, en que predominaba la chapa, y un techo de uralita.

Cuando no llovía, cocinaba en el exterior.

Estaba removiendo con el largo cucharón de madera, la mescolanza de harina, patatas y pan reseco soplando de vez en cuando contra los maderos colocados bajo la olla, cuando llegó Rudy Pardo.

Se habían conocido en la galería del «Boxing», vecinos de asiento, y los comentarios de Pardo, habían maravillado a Galván. Todo un técnico de la ciencia pugilística, aquel muchacho esbelto, de rostro pensativo. Además de paisanos, les unía la misma ambición: abandonar Villa Lata el uno, dejar de repartir paquetes el otro, que tenía por alojamiento un cuartucho que compartía con el triciclo, sobre el almacén donde estaba empleado. Probando el grado de blandura de una patata, Floro Galván comentó:

—Si has cenado, mejor, pero si no, a fajarse con lo que haya, Rudy.

Una linterna en la abertura de la fachada posterior, daba escasa luz. Rudy Pardo se sentó contra la base de latas, diciendo:

—Estoy en un apuro de los graves, Kid.

Galván soltó la olla de su asidero, y señaló con el cucharón los

dos sacos cosidos que oficiaban de puerta sobre el patio.

—Vamos dentro y te explicas, Rudy. Si es cuestión de plata, tengo en el Banco Central cuarenta y tres con cincuenta.

En el interior, Galván volvió a colgar la olla de la barra, que además de sostener entre sí dos tabiques, se apuntalaba con dos raíles empotrados en tierra. Era la percha, y no soportaba roña, porque, al igual que Pardo, la que poseía Galván, la llevaba puesta.

Dos cajones eran mesa y silla. Con otros habían hecho la cama. No había sitio para más mobiliario. Rudy Pardo ocupó el cajón que habitualmente servía de mesa a su amigo.

Floro Galván tocó con la empuñadura del cucharón su cinto, y reiteró:

—Ya sabes que el Banco Central me está guardando la plata.

—No es cuestión de dinero, hombre. Estoy en un apuro de los graves. Come primero, y luego te explicaré.

Lo agradeció Galván. Era otro detalle que demostraba que aquel muchacho era inteligente. Cada cosa a su tiempo. Comer tranquilo…

Soltó Galván la cuchara, y lanzó su exclamación favorita:

—¡Relajo!

Rudy Pardo, inclinado hacia adelante, apoyaba los codos en sus rodillas, y el mentón en sus puños.

Galván, mirando de cerca el negro cabello, tuvo por unos instantes cierto parecido con un simio buscando insectos.

—¡Relajo! Tienes un corte de alivio, Rudy.

—Ya no sangra. Le eché agua, y froté con hierba.

Floro Galván sacó de entre arpilleras-mantas, su única propiedad: el maletín, del que estaba orgullosísimo. Piel de cabra, con fuelle dilatable.

Contenía un calzón verde de brillante seda, con un bordado: «Kid Galván». Pardo había dicho que no debía dejarse hacer sombra por el famoso Kid Gavilán. Convenía otro bordado: Kid Florrio, o Kid Fajador… Contenía también una toalla intacta, zapatillas, calcetines de lana, vendajes, el caucho bucal, y el envoltorio botiquín.

Coloidal, para las grietas, barra de mercromina, y esparadrapo.

—Hay que cuidarse la cebolleta, Rudy, cuando debajo se tiene cerebro. Y éste es tu caso. ¡Vaya brecha que te luces! Te vi llegar

todo blanco de cara, y me dije que estarías sin comer.

—¡Pica horrores eso! —protestó Pardo, contrayendo el semblante.

Galván siguió frotando con la barra desinfectante los bordes de la herida. Rasgó esparadrapo con su cuchillo, y comentó satisfecho:

—Tienes buena cebolleta, Rudy. ¿Qué pasó? A lo mejor, peleaste por alguna odalisca. Te hace falta ejercicio y muchas duchas. Así no queda tiempo para pensar en odaliscas. Volveremos a la Perla, fajados de billetes, en un «Cadillac», y entonces sí que no sabrá amargo el ron, viendo pasar a las negritas lindas de prieta cintura, largas piernas, dientes como nácar. A ti te gustan más las criollas, blanco-lechosas, altas y bien camadas. ¡Anda, león! No pongas esa cara de enojo. Si pica la brecha, es que cura. Mientras ceno, dime lo que quieras.

Su amistad se basaba en que se compenetraban sin preguntarse por su pasado ni lo que consideraban secretos de «cada machito habanero».

Rudy Pardo, palpándose el apósito, miró complacido al que devoraba su eterno potaje: patata para calorías, harina para vitaminas, pan para «darle el engaño a la solitaria».

Aquel chicarrón sí que era un hombre, y no un traidor indecente como Rick Guilter, el «cobrador».

—Fui al cine, que echaban una buena. Un chico gandul, que se ponía a trabajar en un rancho, porque la hija del ranchero estaba superior. Salí del cine…

—¿Se casaron al final, no?

—¡Hombre, pues claro! Ahora que el chico tuvo que sacudir cada pifia y castañazo, que no te digo… Había un enjambre de tipos empeñados en amargarle el ron al chico. Salí del cine, y estando esperando el Metro, se me acerca Rick, que dijo que te buscaría un combate. Yo últimamente estaba de malas con él, por cierto asunto, que luego te cuento. Me dijo que tú estabas a punto de ser llevado al hospital.

Floro Galván masticó con celeridad, para protestar:

—¿A mí al hospital? ¿De qué, hombre? Es un embustero ese Guilter. No te fíes más de él.

—Me dijo que en un coche, iban a recogerte, él, un médico y un abogado del Seguro.

—Otro embuste, relajo.

—Me di cuenta en el coche, cuando frenó el Somers que conducía, y casi me doy con la cabeza contra el parabrisas. Y entonces el que estaba atrás, me cogió por los codos. Un tal Purdom. Me fijé en que su apellido no me venía mal, cuando cogiese la carta de nacionalización. Y de pronto Purdom, el muy puerco traidor, me dió en la cabeza. Era la culata de su pistola, y Rick Guilter me enseñaba otra pistola. El del volante, bajó tocándose bajo el sobaco. Otra pistola.

Floro Galván, rebañando el fondo de la olla, emitió ruidos que, al poco, tradujo:

—Oye, Rudy. Hemos quedado que siempre que nos hablemos, entre los dos, y a solas, siempre en plata. Tres pistolas, un coche… Pero si tú estás como yo de pobretón… Anteayer me dijiste que en tu Banco guardas veinte dólares. Los atracadores estudian el negocio antes de montarlo.

—¿Y ese que llevo en la coronilla? ¿No es un culatazo, hombre? Me sacaron del coche, dando tumbos. Y entonces, estando contra la alambrada, les vi a los tres, como solo he visto caras iguales a los tipos que en el cine van a matar.

—Vas demasiado al cine, Rudy.

—Purdom y Somers le achuchaban a Rick para que me alojase plomo, y cuando Rick tenía ya el índice a punto de apretar el gatillo, empleé el balanceo de contra. La alambrada me empujó, le aparté la mano a Rick, le pegué a Somers el golpe del conejo, y ríete de una liebre comparada conmigo. Me dispararon otro plomo, pero ya estaba yo gambeteando. Y la sirena del coche patrulla se les echó encima a los tres.

Floro Galván bebió un sorbo de ron blanco «rebajado». Hizo buches para cuidar de la dentadura, en previsión de la caries.

Rudy Pardo dijo, al prolongarse el silencio:

—Estamos escamados porque toda la gente en torno nuestro sólo piensan en engañarle a uno. Pero si yo te cogí amistad, no iba ahora a venirte con embustes.

—Yo me fío de lleno, pero no comprendo por qué quisieron atacarte.

—¿Me dejas que me tumbe aquí, Kid? A las diez sale el «Saturday Echo», llevando los programas de carreras y espectáculos.

También los sucesos. Cómpramelo y ya leerás…

—Pero, oye, ¿y la policía, qué?

—Nada. Ni a ellos ni a mí nos conviene hablar. Te contaré luego por qué. El culatazo me ha puesto flojo.

Galván trajo el frasco de ron aguado. Bebió un sorbo Pardo.

—Túmbate en mi tálamo, león. A las diez y cinco te despierto con el «Eco del sábado».

Yendo a la ciudad, Floro Galván pensó que Rudy era un gran compañero porque con él se podía estar horas enteras compartiendo un poco de ron y un total silencio.

Pero era un chico inteligente, y tenía eso que podía ser a la vez una fortuna y una desgracia: imaginación. Se pasaba horas pensando en muchas cosas, y eso, a la larga, tenía que ser perjudicial para la salud.

Debía haberse hecho la brecha cayéndose, y luego todavía no recuperado mezcló cosas vistas en el cine.

Pero al comprar el «Saturday Echo», y ojear la última plana dedicada a la crónica de sucesos, Floro Galván respingó.

Allí estaba retratado un coche, y dos hombres. Uno, reclinado contra el guardabarros. Otro, contra una alambrada, sentado. Éste era Rick Guilter. Los focos del coche patrullero iluminaban en el suelo un cuerpo sobrado de grasas. El epígrafe decía que era el cadáver de Lewis Purdom.

CAPÍTULO III

Rudy Pardo, sentándose de lado, se frotó los ojos algo hinchados a consecuencia del culatazo en la nuca. Le había despejado aquel corto sueño. Frente a él, Floro Galván siguió golpeando en su palma con el periódico enrollado, y dijo:

—¡Vaya lío en que estás metido! Por lo que me has contado, resulta un gran embustero Guilter, y también el Somers que le acompaña. Ya puedo leerlo de carrerilla, porque lo he leído unas cuantas veces. Aquí está la foto del coche, un «Pontiac». Y aquí están retratados los tres.

—Vete leyendo, Kid.

Galván fué pronunciando con esmerada lentitud:

> «La cuarta víctima del "atracador sólita rió".
>
> »A la izquierda, Russ Somers, dueño del "Pontiac". A la derecha, Rick Guilter, aún bajo los efectos de la dolorosa impresión. Ambos contemplan el cadáver de Lewis Purdom, muerto de un balazo en el corazón».

Rudy Pardo arrebató el periódico de manos de su amigo. Leyó con avidez. Según declaraban los dos supervivientes del frustrado atraco, se dirigían a Seattle para asistir a una velada en el «Opera House», y tomaron por la carretera de Crackle Land, para acortar camino. Vieron el cuerpo de un hombre atravesado en la carretela, y creyendo que era un accidentado, bajaron para prestarle socorro. El primero en llegar junto al que creían un accidentado, fué Lewis Purdom.

El desconocido se puso en pie, encañonándoles con un arma, y exigiendo arrojasen al suelo cuánto llevasen encima. Obedecieron Somers y Guilter, pero Purdom se abalanzó intentando desarmar al

atracador solitario, que le disparó a quemarropa.

Rick Guilter, provisto de arma con licencia, en su carácter de cobrador de la compañía naviera antillana, efectuó un disparo contra el desconocido, que llevaba el rostro cubierto por un pañuelo, y que huyó al oír la sirena del coche patrulla alertado en su ronda, por el primer disparo.

Ésta era la versión del gacetillero, a tenor de las declaraciones de los dos amigos de Lewis Purdom.

Recordaba que era ya la tercera aparición del atracador solitario, que en sus anteriores fechorías, había empleado el mismo sistema: tenderse en la carretera. Debía ser un vesánico, porque en su penúltima aparición había matado a tres de los ocupantes de un autocar de línea.

Floro Galván tendió el frasco de ron virginal. El de las grandes ocasiones. Estrujando el periódico, dijo Pardo:

—Cuando le aparté la mano a Rick, oí el disparo. Debió ser el que mató a Purdom, y como no les interesa contar la verdad, se han inventado lo del atracador. Debería ir a la policía, Kid, pero entonces me echaban de Washington, y además me metían en la cárcel por una temporada.

—Piensa con pupila en lo que más te conviene, Rudy.

Rudy Pardo, levantándose, empezó a pasear los cuatro metros de espacio. Luego se aproximó a los dos sacos cosidos, apartándolos y saliendo al exterior.

La noche era tibia, sin luna, y tachonado el cielo de estrellas. Blanqueaban en el ondulado terreno de «Villa Lata» las zanjas y montículos de los diversos hacinamientos de materiales amontonados para la tría y selección.

Sentándose a su lado, masculló Galván:

—Si te alivia, cuéntame. Yo estoy contigo.

—Pues, como nunca hemos hablado del por qué vinimos desde Cuba, he de empezar desde entonces, para que lo entiendas. Estaba yo de limpiabotas en la capital, y me amargaba el ron eso de arrodillarme para sacarles lustre a los demás. Un día leí que en Batabano, unos cosecheros yanquis pagaban cincuenta dólares por mes, y gratis comida y alojamiento. Fui a ver, y era una destilería. Se trabajaba de firme, pero yo estaba dispuesto a aguantar lo que fuese. Mi idea era ahorrar un año, y luego meterme en un barco que

fuese al Canadá, y pasarme la frontera al salto limpio, porque siempre tenía entre cejas que en los Estados yanquis, se podía hacer fortuna. Y en eso, vino Ricardo Guiteras. Hecho un señorón, tras un par de años de viaje. Era amigo de mister Goldfin, el gerente de la destilería. Un bruto espantoso el tal mister…

Se interrumpió Pardo. Al igual que Galván miraba hacía dos siluetas que, precediéndose a instantes por el breve centelleo de una linterna, distaban unos cuarenta pasos.

Procedían del ramal de carretera, y poco antes se había oído el zumbido del motor de un coche.

Rudy Pardo dió un codazo a su amigo, y con la barbilla le señaló el chamizo. Después se tocó el pecho con el pulgar, y arqueando la mano, hizo la indicación del que espera.

Asintió Floro Galván.

Las dos siluetas iban avanzando por la zanja, distante veinte pasos, cuando en la obscuridad, Rudy Pardo se deslizó al interior de la cabaña. Había reconocido al rechoncho Rick y al larguirucho Somers… Floro Galván permaneció sentado, dobladas las piernas, cruzados los tobillos. En aquella postura, efectuaba el ejercicio de fortalecimiento de tendones, en rápida distensión.

Russ Somers se detuvo a cuatro pasos, hundidas las manos en los bolsillos de su americana.

Rick Guilter proyectó la linterna y, apagándola, dijo:

—Buenas noches, Galván. ¿Qué haces despierto a estas horas?

—Pues ya lo ves. Tomando el fresco. No es lunes hoy para que vengas a por la cuota…

—Se me ocurrió pensar que a lo mejor habías visto a Rudy.

Floro Galván se puso en pie, diciendo:

—Ya que estás aquí, voy a mi Banco a por la cuota.

Rick Guilter hizo una seña con la izquierda, invitando a adelantarse a su acompañante.

Russ Somers avanzó, mientras apartando el saco entraba Galván seguido por Guilter, que decía:

—Rudy no ha ido por su domicilio. Se me ocurrió pensar que vendría a verte…

Floro Galván con los pulgares entre cinto y camisa, miraba poco amistosamente al sonriente cubano nacionalizado yanqui.

—Ya me olía yo que eras un «gangster», pero no creí que fueras

tan flojo como para buscarte a dos segundos queriendo matar a Rudy…

Sin haberse puesto de acuerdo, sincronizaron los dos amigos como si la directa acusación del boxeador fuese la señal.

Rick Guilter quiso sacar una mano, pero tenía mejores reflejos Floro Galván, que movió a la vez sus dos puños, en gancho y directo.

Ondulaban los dos sacos cosidos…

Russ Somers que esperaba por si tenía que intervenir, no vió llegar al que, contorneando la choza, se abalanzó esgrimiendo por arma uno de los mazos construidos por Floro para darse soltura a los dorsales.

La maza chocó de lleno contra la parte superior del cráneo de Somers. Reiteró Pardo con fuerza, golpeando la nuca.

Russ Somers no cayó de bruces, porque contra él chocó el cuerpo proyectado de Guilter.

Floro Galván salió también del interior, a tiempo de aplicar otro «uno-dos»…

Rudy Pardo miró pensativo los dos cuerpos en el suelo, y murmuró:

—Entonces, ¿también tú pagabas cuota, Kid?

Floro Galván, inclinado, volvió a enderezarse. Se colocó entre cinto y camisa, la automática de Somers. Tendió la de Guilter:

—De momento, es mejor tenerles así para cuando se recuperen.

—Forman «gang», Kid. Y me revienta haberte mezclado en eso, porque ahora yo tendré que escapar de Everett. De todos modos, no iba a ser empujando paquetes como me haría millonario.

—Se puede probar suerte en otra ciudad, león. Plantaste cara como un jabato.

—Te fajaste bien, pero esos tipos no estarán solos, y si te quedas aquí volverían a por más leña.

Rió suavemente Pardo. Por instantes tenía expresión salvaje, pensó Galván.

—Me llevaron en coche hace horas. Van a llevarme ahora a Seattle. Voy a darles el remojón.

Floro Galván entró en su choza, recogiendo su maletín, y enrollando en su manta la olla y el cucharon.

Rudy Pardo hundió un cubo en el barril lleno de agua, y lo volcó

sobre el ensangrentado rostro de Guilter.

Rellenó otro cubo, y al irlo a vaciar sobre Somers, empujó con el pie primero por el pecho a Guilter que se estaba incorporando medio inconsciente:

—Quieto, tú, hasta que no te dé la señal de marcha.

Restalló el agua contra la cara de Russ Somers.

—Necesita otra ración —opinó Galván saliendo—. Dale vinagre, Rudy.

Cogió Pardo el bote que le tendía su amigo. Rió silenciosamente al inclinarse y darle a oler el vinagre a Somers.

Colocó el bote boca abajo sobre la nariz de Somers, y, enderezándose, dijo:

—Valiente par de abusones. Venían a ver si podían rematarme.

Rick Guilter se puso en pie dificultosamente. Se tambaleaba y con la manga de su americana se restañó la sangre que manaba de su boca…

—Cúrales, Kid. Tienen que estar bien presentables y despiertos.

Floro Galván sacó del maletín la barra de coloidal. Asió con la zurda por los cabellos a Guilter, advirtiéndole:

—Por tu culpa tenemos que irnos Rudy y yo. No te pongas tonto, ¿te enteras?

Russ Somers sacudió la cabeza, llevándose las manos a los ojos que le escocían. Oyó el consejo que le daba Pardo:

—Remoja en el barril, y después te curará mi amigo. Como veis, os tratamos mejor de lo que merecéis.

Cogía por el cuello de la americana al que se ponía en pie, contraído el rostro, cerrados los ojos…

Le empujó hacia el barril, y apenas el agua tocó su cara, Russ Somers afanosamente empezó a frotarse.

Rudy Pardo empuñaba por vez primera una automática. Colocó el índice por el exterior del portagatillos, y sentenció:

—No los chamusco porque tengo buenos sentimientos, pero me han encendido el coraje esos dos criminales cobardes. Cúrale al señor Somers, Kid. Tiene dos brechas en la testa. Ven acá, mi querido amigo Rick… Ven acá, hombre.

Rick Guilter ya no sabía sonreír. Miraba el cañón de la «Spilt» que a modo de índice le llamaba. En la obscuridad destacaban los rostros, las manos y el destello del acero.

También fulgían los negros y habitualmente pensativos ojos de Rudy Pardo, que comentó, al detenerse Guilter a dos pasos frente a él:

—Te cargaste a Purdom y les metiste un cuento a la policía. Siempre con tus embustes, sonrisa falsa. Debería romperte los dientes, pero yo no soy de los que abusan de las ventajas. Nos vamos a ir Floro y yo a Seattle, y no diremos nada, porque tampoco diréis vosotros dos ni media. Parece que te has tragado la lengua, Rick.

Rick Guilter miró de reojo al que, empujado por Galván, se detuvo a su lado. Russ Somers habló incisivamente:

—Estos dos eran, según dijiste, dos ingenuos. Prefiero tratar con ellos a hacerte caso a ti, imbécil. Vamos a ver si nos entendemos, muchachos. Creo que hablando podemos entendernos, ¿no?

Sus dos últimas frases trataban de ser cordiales.

Rió silenciosamente Rudy Pardo, que apuntó con la automática hacia la carretera, distante cincuenta pasos.

—Seguid la dirección de la flecha, muchachos. Andando a buen trecho y ojo con pensar que somos ingenuos. Lo que somos es gente de paz, pero con los abusones, aplicamos la ley del coraje. Seguid la dirección de la flecha.

Echó a andar Somers, y le siguió Guilter, a cuyo lado Pardo manifestó:

—Le estaba yo contando a Floro cómo se originó lo de la cuota. ¿A cuántos desgraciados infelices estarás tú cobrando el timo indecente? La verdad es que debería dejarte tieso, Rick. Vete tomando nota… Nos vamos a Seattle, y si quieres vivir tranquilo, quédate siempre en Everett, y no hagas por verme. A la tercera iría la vencida.

De vez en cuando, Russ Somers hacía destellar su linterna. Atrás, cerrando la marcha, transportaba Galván su maletín, el hato de la manta, cuya ligazón la formaba la comba de saltar, en torniquete apretado con los dos mazos de gimnasia.

Se detuvo Somers al llegar junto al estribo del «Pontiac» arrimado a la cuneta.

—Sube, Kid. Atrás como los señores. Te cuidas de que no se ponga tonto Rick. Anda, Rick, instálate al lado de mi amigo, ¿ves? Kid sí que es un amigo, y con él, llegáis yo lejos. Vamos a formar

pareja en Seattle. Al volante, señor Somers. ¡Maldita sea! Les llaman «señores» a esos dos cobardes, porque se han camuflado con un empleo decente. ¡Venga, recto y aprisa a Seattle, tú!

Russ Somers, al volante, dió contacto, y puso el coche en marcha.

Rudy Pardo, ladeado, adelantaba el bolsillo vertical de su cazadora de cuero, apuntando ostensiblemente al conductor.

Le dedicó una sonrisa, exagerando la mueca falsa a Rick Guilter, que sentado en una esquina, parecía deseoso de no tener ningún contacto con Floro Galván.

Éste, arrellanado, comentó:

—Nos compraremos un coche más grande, león. Un «Cadillac», gris perla.

El «Pontiac» penetró en la general hacia Seattle. Una autopista amplísima.

Russ Somers dijo:

—Yo sé perder, muchachos. O sea, que podemos hacer un trato…

—Tú, a callar, y atento a las cuatro ruedas. ¿Oíste, Kid? Dice que sabe perder, el muy embustero. Es como en las películas. Cuando están sin sus herramientas, se ponen de un manso que da asco. Pero esperando la ocasión de poder darte la sorpresa mala.

—Y que lo digas —sonrió beatíficamente Galván.

Aquella aventura truncaba la monotonía de su existencia. Y había nacido para ser manejado por alguien inteligente, como su amigo Rudy… Que estaba llevándole en coche a Seattle.

—Pues como te decía, Kid; cuando estos dos vinieron a hacerse el tunante, estaba yo en la destilería, y se presentó este fantoche. Me habló de que se había hecho rico en Washington, el Estado y no la ciudad. Que por aquí a los perros los ataban con cadenilla de platino. Pero, claro, se hacía difícil entrar por las buenas, porque estaba restringido el cupo de inmigración antillana. Él me lo arreglaba. Dándole doscientos dólares me conseguía pasaje en un barco hasta Port Ángeles. Yo estaría con los fogoneros.

—Igualito que a mí —dijo Galván—. Sólo que yo estaba cortando caña a hachazos y me vino éste a decir que un atleta como yo, con tanta afición para el boxeo, se fajaría bien por aquí. Pero como era un favor que me hacía, debía jurar callarme.

—Lo mismo me hizo jurar, y por esto nada te dije, Kid, hasta que esta noche destapó éste el frasco del ron amargo. Me tiré quince días de fatigas paleando carbón, sin una escala para respirar, aunque en el canal de Panamá, pude dormir a fondo. Después, tal como convinimos, desembarqué al segundo día de fondeados en Port Ángeles. Me dió unos papeles arreglados en forma, con hojilla para buscar trabajo. Debía pagarle cada sábado diez dólares, durante seis meses. Yo pagué como un cristiano, y a costa muchas veces de llevar la tripa vacía. Y entonces, ya cumplido, me vuelve al sábado siguiente, sonriendo como un caimán cariñoso. Quería que siguiéramos igual. Yo, trabajando, y él, cobrándome diez dólares. Le dije que ni hablar, se puso amenazador, hablando de que podía denunciarme. Yo le empujé, y le dije que ni yo era un negro, ni él servía para negrero. Se marchó, y esta noche me pude atontar, porque me dijo que tú estabas a punto de clínica.

Rió jubiloso Galván, porque con un guiño le señalaba su amigo con la zurda la cabeza de Somers y la cara de Guilter.

Se divisaba el brasero de luces del puerto mayor de Puget Sound, la ciudad de Seattle.

Russ Somers, aminorando la velocidad, dijo:

—Se extralimitó Guilter, muchachos. Lo admito. Nos conviene a los cuatro olvidarlo todo. Si te queda alguna cuota pendiente de pago, Floro, olvídala. Y en Seattle, a cambio de olvidarlo todo, os puedo proporcionar algún trabajo bien pagado.

—De ti no queremos ni agua, digo yo. ¿Tú qué dice Kid?

—Lo mismo, siempre.

Rick Guilter habló por vez primera:

—Me pasé de rosca y lo admito, muchachos. Hacedle caso a Somers…

Calló, encogiéndose en su esquina, porque amagaba Galván un revés, mientras Pardo comentaba ceñudo:

—¡Será granuja, hombre!… Hace unas horas, me daba el «paseo» y ahora pone cara de paternal consejero. Escuchad bien los dos. Salís bien librados porque ni mi amigo ni yo tenemos sangre de asesinos, pero hay algo que vais a olvidar de veras: habernos conocido. No quiero que volváis a encenderme el coraje. Somos gente de paz Floro y yo. Sigue hasta la calle de las fondas baratas para marineros, Somers.

Russ Somers viró, abandonando la autopista el «Pontiac», y bajando por una pronunciada pendiente asfaltada, en cuya cuarta transversal penetró, diciendo:

—Ésta es la calle adecuada, muchachos. Buenos precios.

—Para delante de aquel letrero que dice: «Shangai Folies».

Fué frenando Somers, hasta detener el «Pontiac» ante uno de los numerosos locales nocturnos de la calle Cuarta Sur, del barrio portuario.

Transitaban sin prisas los que iban de local en local. En la acera izquierda se alineaban restaurantes y fondas.

La calle Cuarta Sur de Seattle rebosaba de animación, cuando bajó del «Pontiac» Rudy Pardo, que parecía apoyarse en los dos bolsillos verticales de su cazadora de cuero.

Contorneó Galván el coche por detrás, colocándose al lado de su amigo.

—Media vuelta, Somers, y si habéis de venir por Seattle, procurad no amargarnos más el ron a Floro y a mí. ¡Venga, dando marcha, cobardones!

Pisó Somers el embrague, y cuando viraba a la primera esquina, hacia arriba, dijo:

—Telefonearemos a Jock Harlan. Cuanto antes aparezcan estos dos palomos flotando en el muelle, mejor para ti, imbécil.

En la acera, Floro Galván manifestó:

—Mucho jaleo en esta calle.

—Demasiado para nosotros, Kid. Vamos a que nos oriente aquel policía.

Llevando el hato al hombro, y el maletín colgando del pulgar zurdo, Floro Galván retuvo por el codo al que se adelantaba:

—Oye, que llevamos pistola, Rudy. Y robada, sin licencia además…

—Lo sabemos nosotros, pero no él, hombre.

El policía, apartándose de su colega, informó que la estación de los trenes para el Sur del Puget Sound, estaba en la plaza al final de la avenida que prolongaba la Primera Transversal.

Llegando a la avenida, Galván rompió el silencio.

—Dijiste que íbamos a Seattle.

—Astucia, hombre, astucia. Tanto por ellos como por nosotros, conviene más perdernos de vista. Encontraremos más posibilidades

en Tacoma, que es algo mayor que Everett, pero menos explotado que esta ciudad.

En la estación, la pancarta indicaba salidas, vías y tarifas.

Apuntó Pardo una línea, en la que dificultosamente leyó Galván:

> «Mercancías 6 Ganadero. Vía 12. Salida 1h.15. Destino Tacoma. Enlace Olympia-Aberden-Gray Harbor».

Señaló después Pardo el gran reloj, que marcaba las doce y veinte de la noche.

—Hemos llegado a punto, Kid. La tarifa para Tacoma es cinco pavos. Nos ahorraremos cuatro zambulléndonos entre paja, y dándole uno al vagonero. Déjame a mí la charla. Con dos billetes de andén, estudiaremos el panorama.

Floro Galván asintió complacido. Era sabroso vivir la aventura con un «manager» como Rudy Pardo.

Vió el largo convoy de vagones con ganado y pienso. Vió también a Rudy acercarse a un vagón, y charlar con un individuo sentado en caseta dominando el techo del vagón.

Poco después, regresaba Pardo.

—En marcha, Kid. Dejará la puerta entreabierta. Lo cazaremos al paso, cuando rebaja la velocidad, en el cruce de todas las vías.

Veinte minutos después, removiendo la paja hasta darle la contextura apropiada, dijo Pardo, tendiéndose:

—No sé por qué, Kid, pero tengo la gran corazonada de que vamos a triunfar juntos. Hemos ganado ya cuarenta dólares.

—¿Sí? ¿Y cómo?



—Ya es todo nuestro, Kid. Zúmbale lindo...

—Le dije al vagonero que dos tipos huyendo tiraron algo, que recogimos, y eran dos pistolas. Que íbamos a tirarlas. Me ofreció veinte. Dije que prefería tirarlas para evitarle líos. Me ha dado estos cuarenta, y dejaremos las dos herramientas entre la paja. Dice que se ve que tú y yo somos chicos decentes.

Bostezó Pardo, y, quitándose los zapatos, preguntó Galván con mucha curiosidad acumulada:

—Oye, león, ¿qué era eso de la ley del coraje?

—Llega un momento en que le complican a uno la vida, Floro, y entonces uno se pone a pensar, y comprende que para triunfar hay que darle coraje a la cosa. Pero de acuerdo con la conciencia. Por ejemplo: le hubiéramos podido quitar las carteras a los dos «gangsters». Eso no hubiese sido coraje, sino robo. Ahora bien, si vuelve a asomarse Rick pretendiendo matarme, le mato. ¿Comprendes? No hay que achicarse ya. ¿Cuál es tu ambición? ¿Un combate, no? Y no te lo dan, porque vas a pedirlo respetuosamente, sin coraje. Apenas desayunemos en Tacoma, me dejas la cosa a mí. Yo te obtengo un combate, sala para entrenar, y nada de descargar ni empujar fardos. En los minutos en que me vi a punto de tumba, pensé mucho. Hay que echarle coraje a la vida, Kid. Buenas noches, amigo.

—Buenas noches, león. Contigo estoy a gusto, llegarás a dónde te propongas porque tienes lo que me falta: inteligencia. Buenas noches, Rudy.

Mientras Floro Galván roncaba, Rudy Pardo, cruzadas las manos tras la nuca, iba planeando, partiendo de una premisa: los que iban bien vestidos entraban en todas partes.

CAPÍTULO IV

Olía a linimento, resina y sudores humanos. Una veintena de individuos se agitaban en diversos ejercicios musculares. Pegando al saco, al aire, saltando a cuerda, y otros efectuando movimientos respiratorios aprendían la técnica, oyendo al que en el «*ring*», daba en voz alta sus consejos a los dos que hacían guantes, protegiéndose con el casco-orejera.

Rudy Pardo estrenaba, de acuerdo con la avanzada primavera, un terno gris claro, camisa burdeos sin corbata, zapatos de trencilla blancos, y un panamá, echado ligeramente hacia atrás.

Mentalmente documentado en la película «Ídolos del *Ring*», recordaba el estilo del actor que representaba al «manager» de un campeón.

Sólo él y Floro sabían que éste no había combatido ni una sola vez en velada profesional.

Se aproximó al borde del «*ring*», y ladeando el rostro, frunció los labios en mueca desaprobadora, denegando.

Cuando el consejero entrenador señaló los dos rincones, interponiéndose entre los púgiles, Rudy Pardo con el pulgar apuntó hacia un lado de la sala de entrenamiento:

—¿Quién le avisa al patrón que estoy yo aquí?

El entrenador se apoyó en las cuerdas. Tenía el rostro achatado del expúgil. Se rascó la calva, antes de escupir a un lado.

—Yo soy el patrón. Al menos, el que contrata los combates.

Ahora venía lo de la caña de azúcar, mitad caña, mitad dulce. Se hasta documentado antes de venir. El «Tacoma Prize» era regentado en la parte técnica por Tom Villar, un canadiense que quince años antes había sido campeón de los ligeros en el estado de Washington.

—Bien, bien, hombre. ¿Conque usted es el que tumbó en el octavo a Lorry Wallace, en Toronto?

—El mismo, pero por entonces usted estaría haciendo palotes en

la escuela.

—Aprendí a leer yo solo, con una lectura única. Todos los papeles de boxeo. Me llamo Rudy Pardo, y tengo en el bolsillo un contrato en blanco, por si llegamos a un acuerdo.

Tom Villar demostró que conservaba restos de su antigua condición de ligero, al saltar del «*ring*».

Cogió el habano que le tendía Pardo.

«Gastos de representación» había explicado a Floro. «Pagan las dos pistolas».

—Cuídate de la sala, Jim —ordenó Tom Villar, dirigiéndose hacia una puerta en que se leía: «Managing Director».

Las paredes del despacho estaban cubiertas de fotografías de pugilistas desde Sullivan a Joe Louis. El mobiliario era elementalmente cómodo. En su sillón giratorio, Tom Villar escrutó el semblante del que, sentado en una esquina de la mesa, manifestó:

—En las Antillas tenía sala, que abandoné al encontrarme con un diamante en bruto. Me he dedicado de plano a Kid Fajador, como le llamaban allí. Tuve unas discusiones con la Boarding cubana, y me traje a Kid por esta comarca. Podíamos debutar en la capital, pero prefiero administrarme.

—¿Papeles en regla?

—Este mismo mediodía, inscritos en la Boarding.

—¿Peso de tu fenómeno?

—Pluma.

—No interesa. Tengo más de una docena sin combate.

Rudy Pardo asintió, abanicándose con el panamá:

—Damos tres kilos de ventaja a cualquier peso medio, Tom. Y no queremos porcentaje. Tu velada popular del jueves se pondrá al rojo vivo, anunciando a Kid Fajador, setenta y seis kilos. Nada de ciencia. Como su apodo. Fajándose de campana a campana. Lo han de matar para que se caiga.

—Tráelo y que le eche yo un vistazo.

—Tenemos sala propia para el entrenamiento. Los Jardines del «Astoria». Y servicio de Prensa. No queremos ningún paquete, Tom. Bolsa al vencedor. El treinta por cien para ti el primer combate. El quince, al segundo. Al tercero, si la bolsa no llega a los dos mil pavos, iremos a otra sala.

Tom Villar se barrenó delicadamente un oído con el meñique,

levantándose. Dijo:

—He conocido a bastantes como tú. Mucha cháchara, y luego se traían a un mono escaldado.

—Yo me traigo a un orangután tierno en años, Tom. Si te interesa, llama al «Astoria», habitación número quince. Hasta mañana martes a las siete, te doy la preferencia.

—Podría probarle con Gene Hilton.

—Mi Kid tiene un administrador de primera que soy yo. Por eso no queremos marrulleros veteranos, Tom.

—Te conoces el personal, según veo.

—Leer instruye. Me he pasado el domingo tomando notas de toda la Prensa hablando de tu sala y tus pupilos. Sólo hay tres medios que nos interesan. Si me llamas, dime uno de esos tres para el jueves, y te diré si aceptamos.

Tom Villar emitió una risita avinagrada:

—Con bolsa al vencedor, tal vez acepte Jack Dougal, el manager de Buster Colin. Pero antes querrá echarle un vistazo a tu fenómeno y su historial.

Yendo hacia la puerta, Rudy Pardo manifestó con aplomo:

—Mi fenómeno se entrena en privado y pega de firme si le ponen por delante a alguien que valga la pena. Si acepta Dougal, nos contentaremos con Buster Colin para ir haciendo boca. Hasta cuando quieras, Tom.

Floro Galván no estaba aún familiarizado con el lujoso ambiente del «Astoria», y sentía algo parecido a mareos pensando en la factura que fatalmente presentarían el sábado.

Iba equipado deportivamente con zapatos de gruesa suela, pantalón franela, camisa blanca y sahariana gris.

—Ya está en el saco, Kid —anunció Pardo, tirando el panamá hacia la percha, donde quedó colgado. Un síntoma de buen presagio —. Buster Colin como aperitivo el jueves en la velada popular.

Fué rebuscando entre recortes de Prensa, hasta dar con el que reunía fotos y reportajes de los combates de Buster Colin.

—Ochenta y cuatro y doscientos daba en su último pesaje. Es zurdo, tiene la mandíbula de granito y la «cocina» de hierro. Científico, y se reserva estudiando en los dos primeros asaltos, a la contra.

—Nos van a ver el pelaje y se darán cuenta que es el primer

profesional que me echan.

—Lo que sólo sabemos tú y yo, nadie más lo sabe. Yo le he echado teatro a la cosa, y ahora no vayas a rajarte, hombre. Tienes casi firmados tres combates. Bastará que tumbes a Buster Colin, hombre.

Floro Galván se empujó la fosa nasal con el pulgar, exhalando varios resuellos cortos.

—Zurdo, científico y que estudia a la contra, ¿no? Pues como me estudie vamos listos.

—No le darás tiempo. Saldrás a fajarte, Kid. Ésta es la única táctica. Fajarte en tromba desde la salida, con coraje. Cubriéndote el hígado, así… Directo de izquierda, gancho de derecha, y rápido pegar el codo al hígado. Otra vez el directo. Sencillo, hombre.

Floro Galván dijo, maravillado:

—De técnica estás bien, y casi creo que entre cuerdas… lo harías mejor que yo.

—¿Quieres o no quieres que nos sepa dulce el ron? Pues a ello. Vamos al entreno, Kid.

El martes telefoneo Villar. Había aceptado Jack Dougal. La firma para el miércoles antes del pesaje, y bolsa al vencedor.

Al día siguiente por la mañana, Floro Galván, asombrado leía en la sección deportiva, que iba a presentarse en el «Tacoma Prize», el «Ciclón de las Antillas», el «Orangután» de la pegada escalofriante, de estilo rudo y tosco, que iba a poner en difícil prueba la contundencia científica de Buster Colin.

El miércoles a las siete de la tarde, Buster Colin elegante y displicente, sonrió al fotógrafo mientras le tendía la mano a Floro Galván. Era el púgil adinerado y elegante, frente al aspirante considerado la víctima segura. Su desdeñosa sonrisa acentuó en contraste la mueca ceñuda del velludo y macizo Kid Fajador.

Por la noche, tras cenar, aspirando aire desde la terraza del «Astoria», dijo Galván:

—Aceptaron porque saben que me van a tumbar, Rudy. Me pone todo pesaroso, esto de pensar que te voy a hacer quedar mal. A la brava, y por coraje a puños desnudos no le temería yo al Colin ése, pero él tiene más de veinte combates como profesional.

Rió animoso Pardo, diciendo:

—En los dos primeros asaltos, le tumbas si te fajas con coraje. Lo

que importa es esto, hombre. Coraje, y si Buster capea el temporal, entonces mala suerte, pero nos darán otro combate, si aguantas y pegas con toda tu alma. Ahora, a dormir, y pensar en lo dulce que nos sabrá el ron a la que vayas tumbando a todos los que se presenten. Yo tengo fe en ti, hombre.

Permaneció en la terraza Rudy Pardo. Tenía esperanzas de que si en los dos primeros asaltos, conseguía Floro cazar a Buster Colin, tenía la suficiente pegada para tumbarlo.

Se disponía a subir hacia su alcoba, cuando un botones acudió:

—Le llaman al teléfono, señor Pardo.

El auricular retransmitió una voz desconocida:

—Le conviene muchísimo entrevistarse conmigo. Pardo. Será una conversación útil, de la que sacará el máximo de provecho. ¿Me oye bien?

—No soy sordo. ¿Quién es usted?

—Es preferible la máxima discreción. Le espero en el cruce de la carretera general con la de Port Ángeles. Mi coche es un sedán «Ford», y me verá en el aparcamiento junto al poste de gasolina. Estaremos cómodos para hablar.

—Aquí hay unos butacones magníficos. Si quiere venir, venga, y si no, lo deja.

Colgó Pardo, meditativo. ¿Había dado ya Rick Guilter con su paradero? Se instaló tras la cristalera dando a la entrada principal.

Vió llegar un «Ford» sedán, conducido por un individuo de rostro anguloso, pero que no era Russ Somers. El que se apeaba, tenía todas las trazas del peso medio, muy castigado.

Lo identificó por su archivo de recortes de Prensa deportiva, sobre los púgiles de Tacoma, en la categoría de Floro Galván.

Era Gene Milton, el marrullero veterano, empleado como muralla y piedra de toque para justipreciar la valía de los debutantes.

Masticaba chicle, y parecía un rumiante malhumorado. Su mirada era la recelosa del púgil experto en desconfiar de las apariencias. Al ir a entrar reconoció a Rudy Pardo tras las cristaleras.

Le hizo un ademán que pretendía ser amistoso, invitante, señalando el lugar donde aparcaba el «Ford» sedán.

Intrigado, Rudy Pardo atravesó la calle. Gene Hilton se acodaba

de espaldas a la portezuela opuesta al volante. Tenía una vez muy ronca, debida a la afonía producida por golpes de principiantes, que destinados a la mandíbula, le habían atrofiado las cuerdas bocales.

—Le invité a venir al coche para que no nos vieran juntos, Pardo. Charlaremos mejor dando un paseo. Soy Gene Hilton.

—Ya que soy el pasajero voy atrás, Hilton.

Gene Hilton se instaló junto al volante, mientras se sentaba atrás Pardo.

—Mi compañero es Bud Regan. Pertenece como yo a la cuadra de Jack Dougal y Ed Wilson. Me envían para saber si usted es un hombre listo, que quiere forrarse sin el menor peligro, o es un aventurero tunante. No queremos tunantes por Tacoma. Si quiere que su Kid sea taquillero, guíese por mis consejos, Pardo. ¿Me oye bien?

Bud Regan conducía impasible, a poca velocidad. Gene Hilton ladeado, tendido su brazo izquierdo sobre el respaldo, hablaba como quien recita una lección bien aprendida.

Rudy Pardo escuchaba atentamente. Había oído hablar de «trusts» financieros que acaparaban a los boxeadores que se destacaban, valiéndose de la complicidad de managers poco escrupulosos.

—Oigo, asimilo y espero, Hilton.

—Se le dió una oportunidad a Kid Fajador porque el público gusta de ver caras nuevas. Si mañana su Kid demuestra que puede ser taquillero, le conviene a usted asimilar el siguiente programa: pierde por puntos con Colin, y se le ofrecerá un segundo combate contra Hal Compton. ¿Me oye bien?

Bud Regan frenó, aparcando el coche en la rotonda del cruce con la carretera a Port Ángeles. Se volvió y sus ojos ostentaban una fría hostilidad, permanente, impersonal.

—Yo soy el encargado de entenderme con los tunantes, pero usted tiene cara de ser listo. Ya lo entendió bien. Mañana se le ofrece un honorable resultado ante Colin, que no se empleará a fondo. Hubo un manager que, bien aconsejado por nosotros dos, no nos hizo caso, y se fué a la Prensa. Lo cogimos cuando iba a entrar en la redacción. No nos hizo caso, pero ya era tarde.

Rudy Fardo se estiró el labio inferior entre el pulgar e índice, como hombre de claras entendederas, que medita antes de

comprometerse. Dijo por fin:

—Mi Kid no empleará su dinamita. Pero en su segundo combate, ¿qué?

Rió Bud Regan. Así debían reír las hienas, pensó Pardo.

—Si mañana demuestra que es taquillero su Kid, arreglaremos cuatro combates. Y ahora incrústese bien en la cabeza que no hablamos por hablar. No intente nada en contra de nuestros consejos… Después sería tarde para arrepentirse.

—Hay un detalle que falta por concretar. Firmamos bolsa al vencedor.

—Cobrará doscientos dólares limpios de toda fatiga y riesgo. Dale cien de anticipo, Gene.

Gene Hilton tendió diez billetes, y remachó:

—Puede coger un taxi ahora, Pardo, y recomiéndele a su Kid que su dinamita la almacene para otro combate.

—No se inquieten por él. Lo tengo domesticado. Gracias por el paseo y los cien de anticipo. Buenas noches.

Cuando Rudy Pardo ocupaba un taxi yendo hacia la ciudad, dijo Regan:

—Asimiló bien los consejos. No dará guerra.

Floro Galván se despertó a la tercera sacudida. Sentándose en la cama se frotó los ojos, mirando al que decía:

—Íbamos a ir por la brava, jugando limpio, Kid. Se acabó. Ya lo dice no sé quién: «Donde estuvieres haz lo que vieres». Ya que hemos topado con un «trust» de granujas, vamos a sacar el máximo de provecho. Hay que echarle coraje a la cosa. ¿Estás dispuesto a tumbar a Buster Colin al primer asalto?

—Eso quisiera yo.

Explicó Pardo detalladamente su reciente entrevista, epilogando:

—Está claro que te dieron el combate porque quieren novedad. Nos explotarían un par de veces, y después nos tirarían como colillas. ¿Estás dispuesto a jugarte el físico?

—Es una vergüenza eso de querer imponerte el tongo. Ya hemos quedado que donde vas tú voy yo.

—Entornes déjame meditar el gran truco. Un «k. o.» en el primer asalto contra Buster Colin, nos iba a dar mucha categoría en otras ciudades… Déjame meditar, Kid.

Floro Galván contempló con admiración cómo meditaba su

manager.

CAPÍTULO V

Habitualmente calmoso, Floro Galván se mordía las uñas el jueves a las siete y media de la tarde, cuando bajó del taxi ante una de las entradas al «Tacoma Prize».

El clamoreo del público presenciando el segundo combate resonaba a rugido primitivo. En el vestuario, Rudy Pardo hizo restallar el batín de seda amarilla, en cuya espalda unas letras mayúsculas de tela granate, cosidas en arabescos proclamaban: Kid Fajador.

—Era la sorpresa que te reservaba, Kid.

—Un batín de campeón. Ahora me reventaría más hacerte quedar mal.

—Vamos a ganar y en el primer asalto, Kid. Confía en mí, hombre.

Al pisar el «*ring*», Floro Galván saludó manos en alto, cara ceñuda. Sudaba de íntimo pánico, pensando en la cárcel…

Buster Colin, indolente, saludó con irónica mueca a su rival.

Rudy Pardo en la esquina, pero tras las cuerdas, quiso comprobar los guantes que le correspondieron en el sorteo. Mientras el segundo los ahuecaba, estrujando la crin, comprobó también Pardo si los vendajes estaban bien ajustados, apretándolos con ambas manos. Lo hizo mientras el segundo iba calzando los puños de Galván.

—Duro y a fajarse, tal como te enseñé. Nariz y costado izquierdo. Directo y gancho. Codo en seguida a tu costado. Todo tuyo al distinguido Colin, que es una colilla, hombre.

Cesaron los murmullos al sonar el argentino repique.

Buster Colin, de espaldas, se revolvió con ligereza, entrechocando sus guantes. Avanzó erguido, seguro de sí mismo.

Floro Galván avanzó lentamente, hundida la barbilla en el pecho, pegados los codos a sus flancos, y moviendo los puños ante

el inclinado rostro. «Entreceja y costado. Directo y gancho», iba pensando. «Cubre flanco derecho. Entrecejo y costado. Directo y gancho».

Buster Colin fintó en posición erecta, valiéndose de su mayor envergadura. Floro Galván encajó el doble directo de tanteo, fallando el que destinaba a lo alto de la nariz.

Pero conectó en el costado izquierdo de Buster Colin. Y vió cómo se ladeaba su adversario, reprimiendo una mueca extraña.

Hubo un elocuente murmullo, cuando, a cambio de una granizada que le dió vértigo y puso flojera repentina en sus rodillas, consiguió Galván por orden los dos objetivos señalados.

Caballete de la nariz y costado.

Buster Colin retrocedió la cara, se ladeó y repitió la mueca extraña. Su nariz adquirió una súbita rojez, y una de sus cejas sangró.

Floro Galván técnicamente parecía disponer tan sólo de dos golpes. Directo de izquierda y gancho en corto de derecha. Como protección únicamente el codo derecho, adhiriéndose al flanco, que podía ser fulminado por la zurda de su rival.

Se tambaleó al recibir un «uppercut», pero a cambio había podido asestar su directo y gancho, simultáneamente.

El árbitro le empujaba, ordenándole algo que llegaba muy confusamente a sus oídos, que zumbaban.

El griterío de los espectadores dominaba la voz del locutor, que aullaba asido al micro. Algunas de sus frases las oía Galván:

—¡Una pegada asombrosa!… ¡Pura dinamita!… ¡Ocho, señores!…

El árbitro suspendió su manoteo. El gongo acababa de evitarle el conteo fatídico a Buster Colin, al que estaban llevando a su rincón.

Yendo al suyo Galván se pasó los guantes por la cara, recordando las instrucciones de Pardo. A la vez que escupía el protector dental, mordió el anudado de los guantes.

Se acabó de recuperar bajo el chorro de la esponja que le estrujaba sobre su nuca el segundo, mientras Pardo, fuera de las cuerdas, decía:

—No te dura ya ni medio minuto, Kid. Le salvó la campana, pero está listo. Es todo nuestro. Ahora, de salida, embiste y golpea sin cubrirte. Jim, sécale el agua.

—Lleva los guantes sueltos —dijo el segundo oficial.

—Sécale el agua, mientras se los ato. ¡Magnífico, Kid! Ya tienes cartel.

Pardo levantó un puño de Galván, manteniéndolo contra su pecho, mientras le anudaba las correíllas. Llevaba una blusa con ancho bolsillo delantero…

Repitió en el otro guante la misma operación.

Sonó el gongo.

Desde su esquina, Buster Colin, levantándose con esfuerzo, avanzó receloso. Ya no se mantenía erecto y soberbio, sino inclinado y en guardia cerrada.

Floro Galván embistió en tromba, golpeando sañudamente.

Una toalla revoloteó, cayendo a los pies del árbitro, que empujó por el pecho con ambas manos a Floro Galván.

Mientras Buster Colin era llevado a su rincón, Jack Dougal, el «manager», se aproximó a la esquina ocupada por Rudy Pardo y el segundo oficial. Galván bailoteaba, alzando los puños, riendo jubiloso.

Encaramándose al «*ring*», le atrajo Pardo por el cuello, besándole en la mejilla.

El segundo oficial pestañeó cuando dijo Jack Dougal:

—Quiero verle los guantes y vendajes, Jim. Es mi derecho. Y si me equivoco, es que este cubano, que de boxear no sabe ni jota, tiene en los nudillos la coz de un mulo.

Jack Dougal estrujó concienzudamente los guantes, y después examinó les vendajes a medida que los iba quitando de manos de Galván.

Por fin, dijo hoscamente:

—Era mi derecho.

—Todo legal —sonrió Pardo—. Ya ha visto que mi Kid no lleva cemento en los vendajes ni herradura en los guantes. Sólo coraje y puños.

Kid Fajador volvía a saludar a la afición, tras haber dado una vuelta por el «*ring*», enlazando a Buster Colin, que iba volviendo en sí lentamente, agrietada la nariz, abierta una ceja y rojizos ambos costados.

En el vestuario, recogió Pardo el cheque por el importe de la bolsa al vencedor. Tom Villar dijo en voz baja:

—Yo de ti, iría a recoger el dinero metido en un tanque. Dougal creyó que Buster se encontraría, con material de exhibición… En fin, ya me avisarás para la firma de la revancha.

Se fué Villar, y apremió Pardo:

—Arreando, campeón. Hemos ganado el primer combate, pero se avecinan otros. Por de pronto, nos mandamos mudar. He alquilado un «*bungalow*» de entrenamiento en las afueras. Voy a llamar un taxi.

Se asomó al pasillo. En su extremo estaba Gene Hilton, y del vestuario de Buster Colin salió Bud Regan.

Rudy Pardo se aproximó al teléfono, marcando unos números lo hacía reclinando un hombro contra la pared, y observando a Hilton y Regan, que conversaban en voz baja.

Apareció Jack Dougal, haciendo una seña después de mirar a Pardo. Se alejaron los otros dos.

Oyó Dougal la petición de taxi, y cuando colgaba Pardo, se acercó, mostrando en un rictus los incisivos aurificados, que destellaban menos que sus grises ojos.

—¿Contento, no?

—Figúrese, hombre. Ya hemos demostrado que somos taquilleros, tal como quería saber Gene Hilton. La próxima vez no me mande «cocos». Le daremos la revancha a Colin, cuando dentro de una quincena, se derrumbe por más de la cuenta Hal Compton o Bud Regan. Nos da igual cualquiera de los dos. ¿Listo, Kid? Dale las buenas noches al «manager» Dougal, hombre. Deportividad siempre. Felices sueños, amigo.

En el taxi, Pardo dió una palmada en el muslo de Galván:

—¿Qué tal te encuentras, Kid?

—Lo celebraremos con un chupito de ron dulce, Rudy. Fué maravilloso. Me sentí en la gloria, cuando veía al orgulloso abusador de Colin acusar los piñazos. Porque es un abusador, ya que forma «trust» con los otros… Oye, ahora ya me puedes contar el truco en qué consiste…

—Es cuestión de dedos y sangre fría. Dedos ágiles como los míos, Kid. Y ya te dije que es mejor que no sepas nada, porque así vas más confiado.

—Pero sudé horrores pensando que podían descubrir esta martingala.

—Te la contaré cuando ya seas un campeón y no la necesites. Ahora has de consultar con la almohada. Es guerra abierta contra el «trust», y verán de asustarnos. Tú decides si seguimos adelante.

—Contigo voy donde sea. Pero, cuéntame el misterio… Yo hice lo que me dijiste, pero no vi nada. Ni hierros ni «Látex». Cuéntamelo, Rudy. El chofer no nos oye.

—Lo que no sabes no te perjudica nunca, Kid. Te prometo explicarte el truco, cuando ya no lo necesites, porque te pondrías nervioso, y podría fallar. Has de tumbar a Hal Compton y Bud Regan, y en un mes estarás en condiciones de valerte de tus puños limpios.

El «*bungalow*» de las afueras, estaba rodeado de pinares. Era uno de los que, amueblados, alquilaban por temporadas púgiles de paso por Tacoma.

El taxi, virando, emprendió el regreso a la ciudad.

Empujando la cerca, dijo Fardo:

—Nuestro nuevo cuartel general, Floro. Ahora, ojito no haya sorpresas.

Pero no las hubo porque Jack Dougal y Ed Wilson eran ante todo traficantes del boxeo.

Y convinieron que, siendo «taquillero» el cubano administrado por Rudy Pardo, debían planear el mejor sistema de atraerse a Kid Fajador, eliminando sin consecuencias ulteriores a su «manager».

—Si resistió Pardo la primera amenaza, nos echaría encima la Prensa, si volviéramos a enviarle a Hilton y Regan —resumió Wilson—. Yo creo que, bien aleccionada, Crystal es la sirena ideal para un bruto como el cubano. Lo demostró ya ganándose a Buster, que por ella riñó con su propio hermano, su «manager» que tampoco se avenía a razones…

Asintió Jack Dougal, diciendo:

—De acuerdo. Ed. Yo mismo aleccionaré a Crystal.

CAPÍTULO VI

Crystal Clinton cuidaba con esmero la blancura de su tez lechosa y la brillantez de su negrísima melena. En la pista del club nocturno de Tacoma, su prima Kay representaba las líneas «A» y «H», mientras Crystal obtenía la unanimidad de votos masculinos al dar plena rotundidad a la línea «S» de perfil y «x» de frente.

Escuchó muy atentamente las instrucciones de Dougal, referentes al plan a seguir para atraer al «trust» a Kid Fajador. Ella conocía a fondo la inmensa ingenuidad de púgiles como el cubano, de frente estrecha. Para su primera actuación le dejarían el terreno libre de cinco a siete, aquella misma tarde, en que Rudy Pardo sería llamado por el «Boarding» para formalizar su documentación e inscripción de licencia.

A las cinco y media, Floro Galván efectuaba ejercicios respiratorios en un intervalo de carrera a campotraviesa, cuando oyó gritos pidiendo auxilio, emitidos por una garganta femenina.

Corrió hacia la vertiente opuesta del altozano, que bajó a saltos, hasta llegar a la carretera secundaria. Vió un «De Soto» dos plazas.

Y, reclinada contra el chasis, Crystal Clinton, cubriéndose el rostro con las temblorosas manos, estaba muy sugestiva en su representación de Eva atemorizada. Pensaba que el vestido roto en sitios estratégicos por ella misma, le iba a valer una completa renovación del vestuario, si lograba convencer a Kid Fajador.

Floro Galván, deteniéndose junto a ella, resopló. Crystal Clinton se abrazó a él, gimiendo que ya no tenía miedo, porque había huido el hombre que la maltrató, no logrando dañarla gracias a que había acudido su salvador. No, no podía avisar a la policía, porque además de ser contrario a su categoría social, suscitar comentarios malévolos, la identidad del cobarde agresor tenía que ser un secreto entre ellos dos; entre ella, Crystal, y su salvador.

Tenía que jurar él que no diría nada a nadie, ni siquiera a su

«manager». Floro decía que sí constantemente. Era embriagador aquel perfume empleado por aquella señorita de cuerpo venusino y rostro apasionado.

Crystal especificó que, apoyada en el robusto brazo del púgil, podría llegar hasta el «*bungalow*», beber un poco de agua, y arreglarse la ropa…

Media hora después, Floro sentía un gran furor contra el desconocido que había sido capaz de intentar abusar de una ferviente admiradora de boxeadores rudos y enérgicos como Kid Fajador.

Ella le había visto dos noches antes aplastar al presumido de Buster. Y si estuviera ella segura de que no lo había de decir a nadie, por razones que algún día le contaría, podían volverse a ver.

No, no; sobre todo que no le dijera nada a su «manager». Era esencial.

Floro Galván sintió leves remordimientos cuando, al regreso de Rudy, se calló lo ocurrido. Pero la imagen voluptuosa de Crystal Clinton se imponía en su evocación con mayor fuerza que la amistad.

Al tercer día de entrevistarse con Crystal, durante las sesiones de «*footing*», en las que Pardo se quedaba en el «*bungalow*», dijo ella que ya no podía callarse por más tiempo su secreto.

Por dos razones estaba decidida a hablar: porque su hermano Battling también había sido víctima de un «manager» abusador, y también porque sentía gran atracción hacia Kid.

Batió las pestañas, y Kid Fajador creyó que atacaba besando. Era el momento psicológico, porque entre caricias, resultaba más elocuente lo que ella iba susurrando.

—La tarde en que nos conocimos, yo vine a hablarle a tu «manager», para reprocharle que hiciera contigo lo mismo que otro, tan falso como él, hizo con mi hermano. Explotarle inicuamente, apartándole de la sociedad financiera que enriquece a los que se dejan administrar como Buster Colin, Hal Compton y Bud Regan… Jack Dougal le ofreció a Pardo veinte combates seguros para ti, con la fortuna asegurada, y el posible título de campeón del Litoral. Pero Pardo se negó, porque sólo quiere beneficiarse él, no importándole que te cierren los locales. Vine a reprochárselo, y entonces me golpeó, jurando que me mataría si te dijese la verdad.

Yo me hubiera callado, pero te quiero, Kid, te quiero como nunca he querido a nadie.

Jack Dougal cogió el teléfono. Sonrió a medida que oía a Crystal:

—Estoy enamorada de Kid Fajador, señor Dougal, y no he podido callarme la granujada que estaba haciendo con él su «manager». Kid, antes de verse y romper con Pardo, desearía hablar con usted. ¿Nos quiere recibir?

Minutos después, en su lujoso despacho, besaba Jack Dougal la diestra femenina. Reprochó amablemente a la «señorita Clinton» el haberse arriesgado a revelar el secreto de la paternal protección que él y Ed Wilson concedían a hombres leales, pero lo excusaba ya que había sido trágica la muerte del pobre Battling Clinton, destrozado por la mala administración, y víctima de un «manager» canalla.

Por fin, Jack Dougal con tono agresivo se dirigió a Floro:

—Si no fuese por la intervención de la señorita, te dejaría correr tu mal camino, porque con granujas como Pardo, estabas abocado al fracaso. Te quiere destrozar en poco tiempo, para lucrarse a tus costillas.

—Por favor, señor Dougal, se lo ruego en nombre de mi pobre hermano. No tiene la culpa mi novio, porque le engañó Pardo.

—Un rufián tu «manager», muchacho. Yo le ofrecí ingresar en el consorcio y me exigió un setenta por cien. No lo pude soportar, y me dijo que sabría engañarte, porque tú eras su domesticado orangután. En fin, si rompes con él, esto es lo que te ofrezco. Diez combates en gira por Oregón y California. Con cinco más en este litoral, puedes calzarte el título de aspirante de Washington al campeonato del Litoral. Te administraría como entrenador y «manager» Gene Hilton. Si quieres firmar este contrato, hazlo ahora.

Miró Galván a Crystal Clinton, que batió las pestañas en sonriente asentimiento. Firmando dijo:

—Confío plenamente en usted, señor Dougal. Haré lo que manden. Y en cuanto a Pardo, ya le arreglaré las cuentas.

—No quiero escándalos, muchacho. Pórtate bien, te harás rico.

En el coche, conduciendo, comentó elle:

—En tres meses, tienes asegurados cinco mil por lo menos, Kid. Y harás carrera. Quiero ser tu ángel bueno, y ahora ya no le tengo miedo a Pardo. Delante de ti le cantaré las verdades, porque odio a

los hombres como él, que causaron la tragedia de mi hermano…

Se limpió ella del borde de la pestaña una imaginaria lágrima en memoria de su no menos imaginario hermano.

Floro Galván masculló:

—Te quedas en el coche, mientras le ajusto las cuentas al canalla ése.

Rudy Pardo salió del «*bungalow*» tocando con el índice la esfera de su reloj:

—Tendré que comprarte una brújula. ¿Te has extraviado o qué?

Frunció el entrecejo, mirando con extrañeza al que, detenido a dos pasos, gruñía torvamente:

—¿Conque soy el orangután domesticado, no? Te creía mi único amigo, y estabas engañándome miserablemente. Fuiste capaz de pegarle a una señorita, que para evitarme el triste fin de su hermano, venía a reprocharte lo que hacías conmigo. Tengo de contenerme para no romperte la cara…

—¿Te diste con la frente en un pino, o qué, hombre?

—Ya no me engañarás más. Me han abierto los ojos y me he llevado el gran desengaño, porque tenía fe en tu amistad. ¿Niega que me llamabas orangután?

—Hombre, también me llamas tú león. Pero ¡maldita sea!…, ¿qué pasa aquí?

—¡He firmado quince combates con el señor Dougal de apoderado, y tengo por «manager» entrenador a Gene Hilton! Y tú no aceptaste esta oportunidad, porque querías destrozarme en poco tiempo para hincharte…

—Cállate, o te zumbo —dijo Pardo retrocediendo un paso—. Anda a ducharte, Kid. Has cogido una insolación, hombre. A ducharte…

Se interrumpió Pardo mirando a la que se aproximaba diciendo:

—Ya no le sirven sus embustes. Mi novio lo sabe todo.

—¿Su… qué?

—Te dije que no vinieses, Crystal. Una señorita como tú…

Rió Pardo con acritud:

—No seas lirio, Kid. Esta vampiresa no sé lo que se ha inventado, pero tú eres mi amigo… Usted, Cleopatra, largo de aquí…

Floro Galván embistió en tromba, y fué por reflejó adquirido de

entrenador, que Pardo esquivó el directo al entrecejo y el gancho al costado. Empujó con las dos manos abiertas, pero Galván, furioso, conectó su segundo gancho.

Rudy Pardo, ladeándose, alzó la zurda en «upper cut».

Kid Fajador, alcanzado de lleno en la punta del mentón, cayó de espaldas.

Lamiéndose los nudillos, resolló Pardo:

—Te buscaste el piñazo, Kid. Ya voy viendo todo el tinglado que se montó Dougal empleando de cebo a esta vampiresa. Y acertó con el tipo de mujer para sorberte el poco seso. Se ha creído todos los embustes dichos por boca linda. Ande, dele aire a su novio… O sea que se veían a espaldas mías. Nunca hubiera creído eso de Floro. ¡Váyanse al diablo todos! ¡El «trust» ese desgraciado y usted!

Retrocedió ella, la cara asustada, pero dando media vuelta, Rudy Pardo entró en el «*bungalow*». Fué recogiendo sus cosas a zarpazos, metiéndolas en la maleta.

Se pasó el dorso de la manga por los ojos antes de salir, y vió a Crystal arrodillada, junto al que seguía medio «groggy».

Dijo hoscamente:

—Me voy a cualquier ciudad donde no vuelva a verme con este botarate. Ojalá no se arrepienta él, porque entonces… que le den abanico.

Se alejó a paso rápido, y al llegar a la carretera, canturreó rabioso el son popular:

«En la manigua, ron dulce y amigo seguro.
Viene Lola, se cimbrea y lindo apuro.
Amarga el ron, sin amigo, ¡túmbele caña!».

Estuvo alzando el pulgar al paso de coches, hasta que se detuvo una furgoneta harinera que iba hacia Seattle.

CAPÍTULO VII

Desde la cantina del muelle en que le había dejado la furgoneta, veía los yates y canoas de la bahía náutica más concurrida de la costa del Pacífico.

El Pudget Sound en Seattle, bullía de actividad industrial. No le iba a ser difícil encontrar trabajo.

El periódico principal tenía tres páginas dedicadas por entero a anuncios. Estaba firmemente dispuesto a olvidarse de Floro, que creía a una «Lola» cualquiera antes que al amigo sincero.

Recorrió las ofertas clasificadas, no leyendo las encasilladas bajo epígrafes como «Oficinas». Le tocaba de nuevo empujar de un carro…

Permaneció boquiabierto, completamente alelado como si en vez de leer sus nombres, acabase de ver algo sobrenatural.

Bebió ansiosamente un vaso de agua helada con limón y canela, antes de releer de nuevo el anuncio enmarcado en recuadro:

> «RUDY PARDO. Trabajo bien remunerado, llamando al DW1466».

Lo fué repitiendo mentalmente, hasta que le trajeron los periódicos atrasados que pidió. Hacía ya diez días que el mismo anuncio aparecía igualmente redactado, y en el mismo sitio, al principio de la columna de ofertas: «Manual labour».

O sea, desde dos días después de su llegada a Seattle, en el coche conducido por Russ Somers y en compañía de Rick Guilter.

Fué a la cabina marcando las dos iniciales y el 1466. Una voz femenina contestó:

—… Agencia Olderham al habla. Dígame…

Sin contestar, colgó Pardo, cogiendo el listín. Había numerosas

agencias en las hojas azules. Pero sólo una Agencia Olderham, Fletes y Consignaciones, en Bolton Docks, 48.

Bolton Docks era una de las avenidas comerciales ribereñas bordeando el Muelle Oriental. El número 48 tenía todo el aspecto del local destinado a transportes marítimos.

Un largo mostrador con varios letreros en soporte metálico, varias mesas y mecanógrafas, constituía el telón de fondo.

Rudy Pardo tendió el periódico doblado por el anuncio a la mecanógrafa de la sección «Carga Preferente».

La mecanógrafa miró más tiempo al portador del periódico, que el anuncio, antes de decir con amable sonrisa nada profesional:

—Suba al primer piso, al despacho donde dice «Información». Pregunte por Gus Larriva.

El despacho en cuya puerta se leía «Información», se componía de un recibidor en primer plano, donde una sola mecanógrafa leía una revista de cine. La salita contenía además media docena de confortables butacones.

—Es a propósito de este anuncio. Me han dicho que pregunte por Gus Larriva.

—Soy la secretaria y debo anotar el motivo de su visita.

Se abrió una puerta cercana, a espaldas de la mecanógrafa, y apareció un individuo diciendo:

—Sigue flotando por Cinelandia, nena. Pase usted.

La primera impresión que producía el que mantenía abierta la puerta, era la de personificar un elegante pistolero de película.

Alto y moreno, Gus Larriva iba en mangas de camisa. Contra el blanco tejido destacaban los tirantes granate, y un tercer tirante que sostenía la negra funda axilar, con su culata sobresaliendo.

—Pase con toda confianza —sonrió Larriva cerrando la puerta —. Celebro que sea receloso. Pero yo soy uno de los detectives de esta Agencia naviera. Antes estaba en la sucursal de La Habana. Allí me llamaban Gustavo, pero aquí el tiempo es oro, y me he quedado con la sílaba inicial de mi hermoso nombre. La penúltima vez que le vi, subía usted en un «Pontiac» azul obscuro, acompañando a tres individuos llamados Guilter, Somers y Purdom. La última vez que le vi, fué aquí en Seattle, bajando del mismo coche. Yo no le seguía a usted, sino a Guilter. Verá por qué. El Servicio de Represión de Inmigración Clandestina, ha ofrecido una recompensa sabrosa a

quienquiera localice a una pandilla que se dedica, a explotar inmigrantes. Yo, sospechando de Rick Guilter por sus frecuentes viajes, empecé a interesarme por él. Pongo las cartas sobre la mesa, paisano. Ayúdeme, y le conseguiré la nacionalización legítima. Ayúdeme, y repartiremos la recompensa ofrecida, por el SRIC.

—¿SRIC?

—El tiempo es oro, paisano —sonrió Larriva—. Servicio de Represión, etcétera. Usted sabe mucho. Hálleme a mí, y cobraremos sabroso. Si el viejo Pitágoras no es un farol, la mitad de diez mil dólares… eche cuentas…

Rudy Pardo se pasó el índice y el pulgar por la nuez. Sin dejarle hablar, prosiguió el detective:

—Yo actúo plenamente por mi cuenta, y me tomaré el tiempo que sea preciso de licencia para dar con la pandilla. Usted y yo sabemos ya que Rick Guilter y Russ Somers forman parte de la pandilla. A veces venían a Seattle. Aquí debe estar el alto mando. Si usted se hace bien visible aquí en Seattle, aparecerá alguno de la pandilla. ¿Quiere ganarse cinco mil dólares?

—¡Hombre!…

—¿De acuerdo, entonces? Tan pronto se haga usted visible intentarán quitarle de en medio.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque usted sabe mucho de la pandilla.

—Sólo sé que Rick me quería cobrar abusivamente, puesto que ya había pagado un total de dos mil, entre mis ahorros allá, y la cuota semanal de diez. Yo no maté a Purdom. Fué el mismo Rick al yo empujarle el brazo quien le soltó pólvora y plomo a Purdom.

—De esto no se preocupe, ya que la policía dió por buena la versión de Rick y Somers. Pero usted tiene el hilo en sus manos. Allá en Cuba, ¿cómo empezó la cosa?

—Vino a verme Rick, diciendo que por aquí se ganaba oro a montañas. Él podía darme pasaje, papeles y con el tiempo algún trabajo bueno. Le entregué mis ahorros, y quedó convenido que apenas desembarcado pagaría diez dólares por semana, durante seis meses. Me dijo que conmigo era una excepción, porque los otros solían pagar mucho más.

—Claro, como que también embuchan maleantes fugitivos, contrabandean y apenas prospera uno de los clandestinos lo asan a

la parrilla de cuotas grandes. Usted sabe cómo se llama el barco que lo trajo.

—No, porque Guilter me acompañó de noche en una lancha, y luces apagadas me metieron en uno de los sollados. No me dejaban subir arriba, y me pasé el viaje en las calderas. Pero ahora recuerdo…

—¿Qué? —dijo, súbitamente interesado el detective.

—El que se hizo cargo de mí y otros clandestinos era un sujeto con una cicatriz en un pómulo. Rick le llamo Conrad.

—Pero al desembarcar…

—Fué también de noche. Nos botaron a ocho en una canoa, en una costa de dunas, y fuimos a pie hasta la ciudad más próxima llamada Port Ángeles. Me dijo Conrad que me viese con Rick, en el Park Swan de Everett. Esto es cuanto sé de la pandilla.

—Bien, bien, bien… Voy a dejar el despacho, y dedicarme de lleno a usted, si es que quiere que nos ganemos la bicoca de cinco mil por barba.

—Naturalmente que quiero. ¿Qué he de hacer?

—Usted ha de hacerse visible, sin que yo le pierda de vista ni un segundo. Codo a codo. Alguien se acercará con malas intenciones, porque sabe el resto de la pandilla, que usted por dos veces le dió morcilla a Rick Guilter.

—Yo estoy pensando en un medio. Voy a por Rick Guilter, y puedo sonsacarle.

—No.

—Puedo probar con Russ Somers.

—Tampoco. Estos dos ya han dejado de incordiar. Hace exactamente once días los pescaron con el coche de Everett. Ellos estaban dentro del coche, sumergido en la bahía. Alcohol, pérdida de volante, fué la versión policial. Yo digo que murieron así, porque habían cometido un grave fallo al no eliminarles a usted y a Floro. Bien, a Floro nadie le molestará, porque le juzgan poco cerebral. Estoy pensando cómo hacerle visible. Si fuera posible poner un anuncio diciendo que Rudy Pardo… ¿Qué le pasa?

—Grave es la cosa, si la pandilla mató a Rick y Somers.

—Trafican en inmigrantes, drogas y lo que se presente. Pero estaba yo diciendo que si pudiera ponerse un anuncio, como he hecho yo para entrar en contacto con usted…

Rudy Pardo estaba estirándose el labio inferior, fruncido el ceño.

—¿Se le ocurre algo, paisano?

—Que peso setenta y cinco, y tengo idea de boxeo. ¿Usted quiere que me haga visible? Inventemos un récord, hagamos propaganda, con fotos…

—¡Soberbio, soberbio, paisano! Tiene el seso ágil.

—Comiendo bien y haciendo ejercicio, me lucirán más las carnes, y puedo probar suerte en el «*ring*».

—Pero, hombre, no es preciso llevar el asunto tan a lo vivo. Si sube a un «*ring*» lo sacarán en camilla.

—Escuche, paisano, usted quiere atrapar a una pandilla, y me ha sido sincero al no ocultarme que intentarán soplarme plomo. Puestos a morir…, ¿qué más da subir a un «*ring*» y a ver qué pasa; hombre?

Poniéndose en pie, rió Larriva:

—¡Caray! A esto le llamo yo coraje, Rudy. Manos a la obra. Me da usted la ocasión de no perderle de vista, oficiando como apoderado. ¿Dónde estuvo escondido todos estos días?

—Paseando por Tacoma.

—¿Está con usted Floro Galván?

—Se quedó en Tacoma. Reñimos, y que se pudra por mí. Ahora quisiera probar cómo se me da el «*ring*». Podrán pegarme, pero puede llegar un día en que yo pegue a unos cuantos que fanfarronean.

—Me gusta su coraje reflexivo, paisano. Usted péguese entre cuerdas, que yo me cuido de guardarle las espaldas a tiro limpio cuando se tercie. ¿Qué necesita?

—Hincharme de comer bien, tener una choza con campo para entrenarme, conseguir un buen «*sparring*» y pagar Prensa… Me lo descontará todo de los cinco mil a la vista. Usted a la espera de la pandilla, y yo a ver si me hago cartel. He leído que hay un torneo de aspirantes para representar a Seattle en el Cinturón Litoral…

CAPÍTULO VIII

En la sección deportiva, los periódicos de Seattle publicaban la fotografía de un pugilista enfundado en mallas negras, golpeando a un saco. Al lado había otra, donde, de frente, alzaba Pardo las vendadas manos.

El epígrafe decía:

> «RUDY PARDO, el estilista que debutará en la próxima velada del "Ice *Ring Sports*"».
>
> »Según nos informan, el púgil cubano-yanqui, entrenado por Max Oliver, es una esperanza del "*ring*", que posee una clase natural extraordinaria. Sereno, lúcido, preciso, Rudy Pardo actúa con este don privativo de los superdotados que consiste en no esforzarse hasta el momento oportuno. Es hombre que no se arredra, como lo demuestra que se ha inscrito con bolsa al vencedor, en el torneo de aspirantes del peso medio. Le veremos en acción frente a Larry Connor, el incansable batallador efervescente».

Max Oliver, setenta y ocho kilos veteranos, saltó hacia atrás al pegar Gus Larriva con los nudillos en la chapa metálica, marcando el fin del segundo asalto de guantes.

Se quitó el casco orejera, y dijo:

—Estás muy verde, Rudy, pero si consigues meter la zurda en «uppercut», haces pupa.

Se frotó la mandíbula yendo a la ducha.

En el «*ring*» sombreado por las copas de cuatro abetos, Rudy Pardo se apoyó en las cuerdas. Quitándole los guantes, comentó el detective:

—Te van a dar más que a una estera, paisano. Dice Max que

tienes el estómago blando.

—Se endurecerá haciendo abdominal para el «corsé» —aseguró Pardo, tendiéndose sobre la lona, y empezando los ejercicios destinados a fortalecer los músculos protectores del plexo solar.

Gus Larriva manifestó su asombro:

—Te has tomado eso del boxeo con verdadera rabia. Con un fanatismo así empleado en otro arte, serías un fenómeno. Pero no vale engañarse. Vas a encontrarte con un chico como ese Connor, que es considerado profesionalmente una esperanza.

—Antes de ser esperanza… era como yo… y si puedo meter la zurda… hago pupa dice Max —resolló Pardo entre flexiones de piernas.

Gus Larriva, después de cenar, dijo que se iba a dar una vuelta. Rudy Pardo dijo que afianzaría puerta y ventanas de su alcoba.

En la ciudad, Gus Larriva fué a un «Caf Concert» canadiense. Se sentó en un palco, donde se hallaban tres hombres.

Uno, con aspecto de próspero hombre de negocios, se llamaba Jock Harlan. Le acompañaba su inseparable secretario Neil Lowan, y al borde del palco, el primer maquinista Jones, ostentaba en el pómulo una cicatriz.

—Creo que podemos abandonar todo temor —dijo Larriva—. Pardo no piensa para nada en chantaje o ir a la policía. Se halla obsesionado con hacerse púgil.

—Síguele por una temporada —ordenó Jock Harlan, uno de los principales accionistas de la Agencia Olderham, con sucursales en La Habana, Everett y Seattle—. Los tipos como él, reflexivos, dan la sorpresa. Sigue vigilándole, y si te cercioras que ha olvidado lo de Guilter y Somers, no hará falta suprimirlo. Pero tenlo siempre a la vista porque andan muchos agentes del SRIC buscando ganarse la recompensa y el ascenso.

Con una ilusión jamás experimentada por nada, Rudy Pardo subió al cuadrilátero del «Ice *Ring Sports*». En la misma velada, en combate último contendían dos otros aspirantes del peso medio al Cinturón Litoral: Clem Dalton y Don Roberts.

El truco misterioso que le había valido a Kid Fajador noquear a Buster Colin, no iba a emplearlo Rudy Pardo, porque quería «luchar a la brava», probando sus posibilidades, mientras no existieran

Trust como en Tacoma. En la esquina opuesta, Larry Connor aventajaba en experiencia y dos kilos a su rival. Era un irlandés pecoso y bullidor, que acreditaba su calificativo de «batallador efervescente».

En la primera fila de espectadores se sentaba Gus Larriva. Tres filas más atrás Conrad Jones, el marino de la cicatriz…

Asistía a Pardo, su «*sparring*» Max Oliver, quien en voz baja opinó:

—No seas terco, y déjame que tire la toalla apenas se ponga fea la cosa.

—A mí me sacas en camilla o en hombros, Max.

—Amén —dijo ceñudo Max Oliver.

Sonó el gongo.

Rudy Pardo, apenas se puso en guardia, empezó a comprobar la gran diferencia que existía entre «hacer guantes» y recibir una granizada de puñetazos de un rival contundente.

No consiguió «meter la zurda». Y al minuto y dos segundos de iniciado el combate, metió la rodilla en la lona.

Notó cierta dificultad en abrir el párpado derecho. Fué respirando hasta oír el número ocho, y se incorporó.

Dando un salto de lado, dejó pasar el aluvión humano en que, por exceso de efervescencia, se había convertido Larry Connor.

El irlandés se revolvió y con deleite Rudy Pardo colocó la zurda en «uppercut», que restalló sonoro bajo la mandíbula de Connor.

Larry Connor se tambaleó, pero, desoyendo toda técnica asimilada, golpeó furiosa y repetidamente.

Rudy Pardo volvió a arrodillarse, apoyando esta vez los dos guantes en la lona. Sonó el gong cuando estaba en su rincón recibiendo puñetazos, precisamente en los lugares en que no se cubría.

Conoció el grato placer de chupar agua a medida que le resbalaba por la cara desde la esponja estrujada por Max Oliver, que gruñía:

—Te estás transformando en un cesto de tomates aplastados. ¿Tiro la toalla?

—Tírala y a la salida nos veremos las caras, sin guantes, hombre.

El segundo asalto puso de manifiesto que lo único que se ventilaba era el tiempo que tardaría el estilista en quedar fuera de

combate. Cayó cinco veces.

En el descanso, Max Oliver, aplicando coloidal en las cejas y nariz, dijo:

—Si aguantas dos asaltos más, Larry, cansado de pegarte, tendrá los brazos como algodón. Puede que ésta sea una táctica allá en Cuba. ¿Tiro la toalla?

—No.

En el tercer asalto, Pardo sabía ya lo que debía hacer. Adherirse pegajosamente, para evitar el golpeteo que le machacaba desde distancia. Sólo cayó una vez.

En el cuarto asalto, Larry Connor, sudoroso y jadeante, se impacientó. Estaba ya convencido de que no tenía adversario, sino un saco resistente, que se mantenía en pie por coraje.

Lo empujó para separarlo; y entonces pudo aplicar Pardo su segundo «uppercut» zurdo, bien medido.

Larry Connor chocó de espaldas contra las cuerdas y el público animó a la víctima. Rudy Pardo se dispuso a aplicar su tercer zurdazo.

Una enorme nube negra, poblada de cohetes, le inundó la visión.

Removió las mandíbulas bajo un chorro de agua, y oyó a Oliver decir:

—Te salvó del «K. O.» la campana. Vas progresando. Larry tiene la mano resentida del derechazo que te colocó en la barbilla. ¿Me ves bien?

Las cuencas oculares de Rudy Pardo eran dos hinchazones coloradas, con una estrecha rendija sangrante, por la que podía mirar.

Dijo afanosamente:

—Faltan sólo cuatro asaltos más.

Gus Larriva, al sonar el gongo, gritó como en La Habana:

—«¡Dale, lindo, dale!».

Rudy Pardo, tambaleándose, se agarró a las cuerdas, al ser volteado por un derechazo de su rival.

Y vino el inesperado desenlace.

Larry Connor, sollozando rabiosamente, levantó la zurda en señal de abandono. Tenía un nudillo dislocado…

Rudy Pardo se dejó caer en su taburete, bebiendo con ansia.

Todo lo oía amortiguado por zumbidos. Fué volviendo en sí,

oliendo sales y vinagre.

Max Oliver le cogía la zurda vendada, obligándole a levantarse. El locutor tendía el micro, invitando:

—Unas palabras a la afición, Rudy.

En el repentino silencio se oyó netamente deletreada y pausada la declaración de Rudy Pardo, vencedor por abandono de su rival:

—No he ganado como es debido, porque ha sido mi barbilla la que ha ganado por lesión de Larry. O sea, que es de ley que Larry y yo repitamos.

Larry Connor se olvidó del dolor de su nudillo al oír que públicamente le era concedida la revancha. Y se abrazó a su rival de rostro tumefacto.

En el vestuario, contemplando las manipulaciones de Max, dijo Larriva:

—Con tanta generosidad, te veo en la clínica muy pronto. Ya tenías el combate ganado. ¿Por qué le diste revancha al otro?

Max Oliver intervino:

—Porque Rudy es un valiente, y se ha merecido la ovación que echaba humo. Y le voy a enseñar a boxear de veras. Tiene lo principal: aguante, coraje y nobleza. Se hará taquillero.

Durante todo el día siguiente, Rudy Pardo permaneció en cama. Cada vez que se movía, reprimía gemidos…

Al atardecer, Gus Larriva sondeó:

—¿No viste en la sala nada de particular?

—Sí. Al de la cicatriz, al que llamaban Conrad…

—¡Caray! ¿Y por qué no me lo dijiste?

Hablando con dificultad a causa de la hinchazón de su barbilla, dijo Pardo:

—Yo boxeo, Gus. Tú investigas, ¿no? Ése es el trato, hombre.

CAPÍTULO IX

El cinco de mayo, el repórter deportivo del «Seattle Daily» daba cuenta de la segunda actuación de Rudy Pardo en los siguientes términos:

> «En el tercer combate, demostró de nuevo el original y excéntrico Rudy que su anatomía es berroqueña. Demostró también vislumbres de estilo, y encajó una severa paliza durante los cinco primeros asaltos. Pero, tesonero y rebosante de coraje, a partir del sexto asalto, su zurda maltrató a Burt Delton, que terminó flotando por el "*ring*". Resultado: tablas».

El diez de mayo, en Tacoma, Kid Fajador vencía por «k.o.» en el tercer asalto a Hal Compton. La Prensa anunciaba que el Ciclón del Caribe emprendía una gira por Oregón y California.

El veintitrés de mayo, Rudy Pardo saltaba jubilosamente por el «*ring*». Su rival Don Roberts no había oído al árbitro contándole los diez segundos en el séptimo asalto.

A fines de mayo, Gus Larriva iba recogiendo los billetes que contaba Rudy Pardo.

—Cuentas saldadas, Gus. Y agradecido por el préstamo.

—Ha sido una mala suerte que el SRIC descubriera a toda la pandilla. Pero te has labrado un porvenir. ¿No te interesa saber quiénes formaban la pandilla?

—¿Para qué? A mí sólo me interesa llegar a campeón del Litoral. Y de los periódicos solamente leo la sección de boxeo.

Gus Larriva regresó a su despacho de informador de la «Agencia

Olderham», tranquilizando definitivamente a «la pandilla». Rudy Pardo sólo tenía una obsesión: llegar a destacarse en el rudo deporte del guantazo.

Max Oliver, su apoderado y entrenador, le seleccionó combates en el estado canadiense de Columbia. Durante dos meses, Rudy Pardo complementó su transformación.

Ya tenía su estilo propio. Guardia baja, con los puños sobre los muslos, la gran flexibilidad de su cintura y sus berroqueñas dotes de encajador, le permitían abrir brecha aplicando su temible «uppercut» zurdo.

A su regreso a Seattle, leyó con ansiedad la lista de los clasificados para dirimir en eliminatoria el título de representante del estado de Washington, del peso medio.

La lista se componía de ocho:

> «Alan Wilburn y Sandy Brown, por la ciudad de Olympia».
>
> «Luke Arlen y Jim Stark, por la ciudad de Spokane».
>
> «Burt Dalton y Rudy Pardo, por la ciudad de Seattle».
>
> «Buster Colin y Bud Regan, por la ciudad de Tacoma».

Hacía ya más de un mes que ningún reportaje deportivo mencionaba a Kid Fajador.

Crystal Clinton contempló en el espejo el destello de sus nuevos pendientes. Dijo sin volverse:

—Cuando Bud sea campeón del Estado, me regalará el collar que hace juego.

Su prima Kay replicó sonriente:

—Siempre te las arreglas para conquistar al ganador. Primero, fué Buster, después Floro, y ahora Bud. Te admiro, porque tienes una valentía escalofriante. Yo no sería capaz de jugar con los sentimientos de brutos a los que engañas mientras te conviene, o te lo indica Dougal. Y, entre nosotras, te diré que vayas con cuidado. He visto rondar a Floro, y puede darte un disgusto.

—¡Bah!… Es un corderino, que se contenta con contemplarme de lejos. Sabe que si se aproximara, acabaría Bud con él. Hasta luego, querida.

Abandonó Crystal el departamento que compartía con su prima Kay. Pero no compartían ambas la misma filosofía. Kay Clinton gustaba de pieles, joyas y lujos, pero pensaba que si algún día los conseguía sería por mediación de su marido. Y si no podía proporcionarle lujos, se daría por muy contenta con tener un hogar.

Pero hasta entonces no había surgido el hombre que le inspirase amor. Acudió a la llamada del timbre.

Un traje azul claro, una corbata mariposa gris perla, un sombrero-pluma gris perla, una camisa granate, fueron los detalles del vestuario del desconocido que vió primero.

Después escrutó el rostro cetrino, máscara enjuta, cuya reflexiva gravedad tenía un leve resalte de crueldad en los negros ojos, rendija entornada por las abultadas cejas…

—Mi prima Crystal hace unos minutos que se fué.

—¿Cómo sabe que vine a ver a su prima?

—Porque usted es boxeador.

—¿En qué se me nota? Además, ¿tiene su prima el monopolio de púgiles? Usted es muy distinta a ella.

—¿En qué se me nota? —sonrió ella, retrocediendo.

Rudy Pardo entró, cerrando la puerta.

—Crystal es explosiva como un clavel reventón. Usted es delicada, fina como un botón de rosa.

—Gracias. Y ahora, dando media vuelta y yéndose, podrá encontrar a Crystal en el «Palmiers», a dónde ha ido a cenar.

—Yo ya he cenado. Me llamo Rudy, y por lo que sea, que no sé qué es, usted me inspira confianza. Quisiera saber si oyó hablar de Kid Fajador.

—Mucho. Ha sido novio de mi prima.

—¡Vaya!… Celebro que ya no lo sea. Por mí, puede pudrirse Kid Fajador, pero hace tiempo que no leo nada de sus combates.

Kay Clinton examinó con más atención a su visitante:

—¿Se llama usted Rudy… Pardo?

—Sí.

—Entonces, usted fué el «manager» con el que llegó Floro a Tacoma. Pero no sabía que también boxeaba. Ya que le inspiro confianza, voy a tomármela. Hizo muy mal en abandonar a Floro, y aunque a mí no me importa lo que sucede entre bastidores del «*ring*», por lo que sé de mi prima, no interesaba que Floro fuese un

obstáculo. Y si a usted le enviaron a Hilton y Regan para asustarle, era usted muy libre de irse, abandonando a Floro.

—Yo le dejé, porque firmó con Dougal y escogió a Gene Hilton como entrenador y apoderado. Todo por culpa de su primita.

—Mi prima no es mala, pero tuvo la desgracia, aunque ella lo cree suerte, de servirle a Jack Dougal de novia ambulante de los boxeadores que le señala Dougal. No sé porqué le explico tantas cosas…

—Será porque nos inspiramos mutua confianza. Y a todo eso, ¿cómo se llama usted?

—Kay.

—Bien, Kay, tanto gusto. ¿Dónde puedo encontrar a Kid Fajador?

—¿De veras no sabe dónde está?

—No tengo la menor idea. Si lo supiera no le preguntaría…

—A esta hora lo encontrará en cualquiera de los bares de la calle sexta, o durmiendo en la terraza del número 15 de los Colfax Slums.

Al apretar los labios, resaltaron las mandíbulas de Rudy Pardo, quien, dando media vuelta, abandonó el recibidor.

Y cerrando, Kay Clinton se adosó a la puerta, pensando que era extraño que en unos minutos hubiera podido hablar tan confidencialmente con un desconocido, tras cuya máscara plasmada a golpes, adivinaba ella una viril sencillez.

La calle sexta y los Colfax Slums eran, en Tacoma, el barrio de los que no podían pagar habitaciones más limpias ni alcohol menos puro.

Rudy Pardo bajó del «Mercury» adquirido a plazos en Vancouver, aparcándolo en la rotonda, en cuyo centro había un kioscobar. Se dirigió lentamente a una de las mesitas, cuyo único ocupante, extendidas las piernas, tenía aspecto de estar muy cansado.

Los pantalones de franela necesitaban, al igual que la cazadora, un urgente desmanchado. La camisa a cuadros, abierta sobre el velludo pecho acababa de dar a Floro Galván el aspecto de un cargador del muelle fatigadísimo.

Pero el cansancio que se desprendía de su desmadejamiento tenía su origen en el frasco que por cuatro veces había traído ya el camarero. Un frasco con etiqueta cubana, pero rellenado por

destilerías canadienses.

Floro Galván miró su vaso vacío, y agitó el índice llamando al camarero. Éste acudió para oír:

—Trae el frasquito; déjalo a mi lado y te ahorras viajes.

—Sabe usted que está prohibido, y además el amo no quiere que le sirva más de cuatro «tomas». Luego se le sube el ron, y el amo, aquí…

—¿Esto es un camarero o un pastor protestante, hombre? —opinó Pardo, sentándose frente a Galván.

Turbia la mirada, que no fijó en el que hablaba, Galván aprobó:

—Cabal. Y apúntalo en la pizarra, tú. Me he dejado la cartera en el hotel.

El camarero iba a protestar, pero mirando el billete que tendía Pardo, sonrió al ver el acompañamiento de la mano como espantando moscas. Se retiró satisfecho de haber cobrado con amplitud.

Floro Galván se pasó la diestra por la parte inferior del rostro, manifestando con voz enronquecida:

—Tengo la gran papalina. Llevo días en que me amarga el ron.

—Porque es ron infecto, hombre.

Galván se apretó con más fuerza la mandíbula inferior, cerrando los ojos.

—Hasta hablando te pareces a uno que conocí. No vestía tan elegante, ni tampoco tenía los ojos tan amartillados. Pero ¿qué más da? Debe ser eso que llaman el «*delirium tremens*». ¿Nos vamos a otro sitio donde chorree un ron de veras? —preguntó, levantándose.

Se tambaleaba, crispado el rostro en mueca extraña.

—Sigue la dirección de la flecha, hombre —dijo Pardo, señalando hacia el «Mercury».

Al instalarse junto al volante, Galván se arrellanó, diciendo:

—Si no estuviera con el vacilón, y esto no fuera un coche de los caros, y tú no vistieses tan elegante, juraría que eres Rudy… ¡Qué vaivén tan sabroso tiene este carro!

—Es que lo encargué así al comprarlo, porque me gusta el cimbreo. Si no me engaño, te pareces mucho a un tal Floro.

—Como que soy Floro.

—¿No te apodabas Kid Fajador?

Floro Galván, alzando repentinamente los dos puños, se golpeó

la frente.

—¡Dilo, ya que fui un mal amigo! ¡Dilo, ya que fui un canalla!

Rudy Pardo detuvo el coche ante un bar, y, bajando, dijo:

—Voy y vuelvo.

Floro Galván no sentía vergüenza, sino furor contra sí mismo.

Regresó Pardo. Sentándose, colocó entre ellos dos un frasco recién descorchado.

—Puro «Bacardi», hombre. Ron dulce, que nos beberemos a chupitos.

—¡Dilo, ya que fui un mal amigo y un canalla!

—Si te ha de dar gusto, por mí que no quede, hombre. Anda, echa el chupito.

Tendió el frasco tras sorber un poco. Galván lo mantuvo un largo instante en alto. Por fin, limpiándose los labios con el revés de la mano, dijo:

—No es amargo este ron, Rudy. Tanto si me crees como si no, es verdad que me agrada volver a verte. ¿A dónde vamos?

—Alquilé el mismo «*bungalow*» que tuvimos en la colina. Lo ocupo con Max Oliver, un «*sparring*» que ya conocerás. Y ya que volvemos a ser amigos, no vendría mal que me contases cómo te han ido las cosas.

Levantó de nuevo el frasco Galván, mientras añadía Pardo:

—La última vez que nos vimos, al irme iba yo cantando rabioso aquello tan lindo de: «¡Túmbale, caña, que viene Lola!». Porque tú no tuviste la culpa, hombre.

Detuvo el coche al principio del camino que conducía rectamente al «*bungalow*» que cuatro meses antes habitó con Galván.

Chasqueando la lengua, Floro Galván fué explicando con lengua algo estropajosa y trabándose en algunas palabras:

—Voy a contarte lo que pasó para estar como estoy hecho un asco y acoquinado, que ni siquiera he podido invitarte porque me he ido bebiendo los cuatro puercos billetes que cobré. Primero, todo eran cariñitos, y preparando los combates como en el teatro. Todo al detalle. Aquí tumbé en el segundo asalto a Hal Compton, como si el rayo lo hubiera fulminado. Entonces fuimos a Portland; sí, creo que era allí, y me tumbó Colin. En un sitio más al sur, peleé con uno que no era del *trust*, y que, según decía Hilton, iba yo a

tumbarlo en pocos minutos. Me tumbó el otro. Entonces dijo Hilton que yo llevaba muy mala vida y había perdido la dinamita, y que ya no apagaba ni una cerilla de un puñetazo. Pero era él quien me hacía beber diciendo que era lo que mejor me sentaba a mí. Bud Regan me tumbó en Salem. Buster Colin, en Sacramento. Bud Regan, en San Francisco. Y entonces vino Jack Dougal y me dijo que no sé que cláusula del contrato anulaba lo tratado, porque yo llevaba una vida indecente, de borracho. Y entonces, Crys me dijo que era una vergüenza hacer quedar mal al señor Dougal. Y que rompíamos. Se fueron todos, y cuando los volví a encontrar aquí, pues… Bueno, a tu salud, Rudy…

Apuró Galván el resto del frasco y emitió una risita que pretendía ser burlona y que sonaba a lastimera queja:

—Vine aquí, y en presencia de Jack Dougal, me cogieron entre Gene Hilton y Bud Regan… ¿Ves aquí?

Señale Galván una brecha rojiza, no del todo cicatrizada, tras su oreja izquierda.

—¿Y ves aquí?

Apartándose cazadora y camisa, mostró su hombro, que ostentaba una huella parecida a la anterior.

—Dos puñetazos que me dió Regan empleando una manija de hierro. Y me dijo Dougal que si me ponía cargante, la próxima vez no lo contaría. Estuve unos días echado, pensando matarles a los tres. Pero ya no los mato. Ya no apago ni una cerilla… He agarrado el gran vacilón, Rudy. Te veo repetido, y me alegra mucho… Te quiero, león, porque no me has reprochado nada, después que hasta te pegué, ¡relajo! Porque te pegué, y es que estaba loco por Crys, que me tiene loco… No es mala, ¿sabes? ¡Qué bien se cimbrea este carro!

Volvió a detener Pardo el coche, frente al «*bungalow*», ante cuya puerta esperaba Max Oliver. Enlazó a Galván para ayudarle a bajar, y dijo:

—Este que mañana verás mejor es Max Cliver. Como si fuera yo mismo.

Pasando un brazo en torno a los hombros de Pardo, se tocó el pecho y dijo solemnemente:

—Yo soy Floro y éste es Max. Tú eres mi amigo Rudy, y ahora yo dormiré a gusto. Ya me sabe dulce el ron.

Apenas tendido en una litera, Floro Galván se durmió profundamente.

CAPÍTULO X

Crystal Clinton bajó del coche y Bud Regan la alcanzó cuando llegaba al vestíbulo, cogiéndola de un codo.

—Subo contigo, nena. Tomaremos una copa juntos.

—Mi prima no quiere que nadie me acompañe a éstas horas, Bud.

—En mí no manda tu prima ni nadie —replicó secamente Regan, empujándola dentro del ascensor—. Somos novios, ¿no? Y nos casaremos cuando tenga el título de campeón de Washington.

Antes de que acabase de cerrarse la puerta del ascensor, entró Rudy Pardo, que había estado esperando en un sillón del vestíbulo.

Bud Regan frunció el ceño, haciendo memoria. Aquel desconocido le recordaba a alguien que no conseguía nombrar.

Crystal Clinton reiteró:

—Mi prima paga a medias el piso, con la condición de que a estas horas…

—Tu prima es una gazmoña estúpida.

El ascensor se detuvo y salió Crystal, avanzando por el pasillo. Abrió la puerta del piso, entrando.

Bud Regan, deteniéndose, examinó al que le seguía.

Rudy Pardo se detuvo también. Parecía darse masaje en la zurda cerrada sin dejar de mirar a Regan, que inquirió:

—¿Dónde nos hemos visto antes de ahora?

—En un coche, hace ya meses. Ibas con Hilton, y se trataba de asustarnos a Kid Fajador y a mí.

Bud Regan separó levemente los pies, cerrando los dos puños, al decir:

—Ya te recuerdo. De «manager» pasaste a besar lonas. ¿Que se te ha perdido por aquí?

Sobándose la zurda, manifestó Pardo sonriente:

—Un tipo como tú no tiene derecho a pisar un «*ring*», porque

eres un canalla abusador y cobarde, que emplea manija de hierro y se hace ayudar por Hilton para destrozar a…

Bud Regan alzó con rapidez vertiginosa ambas manos. Pardo esquivó el gancho al rostro, teniendo que inclinarse para amenguar los efectos del golpe al estómago.

Proyectó a la vez en directo su zurda, cuyos nudillos estaban recubiertos por un cartón blanquecino.

Regan retrocedió impulsado por el contundente puñetazo en su entrecejo. En el umbral del piso, retrocedió también Crystal Clinton al chocar contra ella las espaldas de Regan, que a cambio de colocar un «*swing*», acababa de recibir un segundo zurdazo en un pómulo.

Despertada por el ruido, Kay Clinton acudió para enlazar por los hombros a su prima, que se cubría el rostro horrorizada.

Al tercer zurdazo conectado con certera precisión en su barbilla, Regan manoteó furioso, incapaz ya de controlar sus reflejos cerebrales anegados por los vapores del K. O.

Jadeante, sangrando por la comisura de los labios, Rudy Pardo no dejó caer a su adversario. Le asió por una solapa, y siguió asestándole zurdazos con salvaje rapidez, a corta distancia, machacándole rostro y costados.

Regan, desmadejado, fué desplomándose lentamente hasta que, soltándolo, resolló Pardo:

—La paliza que le diste a Floro, queda saldada.

Mirando a Crystal, añadió:

—Cambia de novio otra vez, Crys, porque éste ya lo ves… De campeón, sólo tiene las narices. Tardará tiempo en subir a un «*ring*». Le golpeó a Floro con una manija de hierro, ayudado por Hilton, y en presencia de Dougal.

Tenía ya el puño zurdo sin el misterioso cartoncillo que le había valido el primer triunfo a Kid Fajador.

Se atenuó la expresión salvaje de su rostro al contemplar a Kay:

—Perdona por haber manchado tu alfombra, Kay.

—Cuando Regan se recobre, puede denunciarle —dijo Crystal.

—No lo hará, porque sabe que si lo hiciera yo denunciaría al *trust*, y luego le harían responsable a él. Vamos, Regan; voy a llevarte a la mesa de reparaciones.

Se inclinó, asiendo de una mano al conmocionado, y pasándose un brazo sobre el hombro, apalancó hasta izarlo y mantenerlo en

pie, enlazado por la cintura.

—Una toalla para envolverle la cabeza. Este abusador sangra como un becerro. Una toalla, Kay, y así tendré pretexto para volverte a ver.

Se alejó ella en dirección al cuarto de baño, y dijo Crystal:

—Yo le acompañaré y puedo decir que Regan le provocó y se pelearon. Para que no le retiren la licencia.

—Ya. ¿Cambias de bando?

—Yo le tenía afecto a Floro, pero empezó a beber y…

—No te aturrulles. Y si le tienes afecto a Floro, demuéstraselo cuando le veas. El pobre sueña contigo hasta bebiendo. Además voy a entrenarle duro, y procuraré que sea el substituto de éste.

Envolvió la cabeza de Regan con la toalla que le tendía Kay, mientras insistía Crystal:

—Yo iré con usted, y estaré junto a Regan cuando se recobre para evitar que le denuncie. Puedo decir que le atacó un desconocido. Déjeme hacerlo.

Miró Pardo a Kay, que asintió mudamente.

—De acuerdo, Crys. Adelante. Abajo está mi coche. Si asoma alguien, hazme señas. Mañana vendré a devolverte la toalla bien limpita, Kay. Llevo horas pensando en ti. Si quisieras, serías lo que me hace mucha falta. La novia que me sirviera de estímulo…

—Mañana me lo dirá, Rudy.

En el coche, Regan quedó sentado entre el asiento posterior y el respaldo delantero. Dijo Crystal:

—¿No sería mejor que lo cuidase un médico que conozco? Pidiéndoselo yo, como para favorecer a Regan, él no diría nada.

—Mejor.

—No creas que soy mala. Yo odio a todos los que, como Dougal y Regan, quieren imponerse no por cariño, sino… con regalos y dinero, tratándome como a una cualquiera.

—Bueno, eso se lo cuentas a Floro.

Detuvo en la dirección dada por Crystal y cuando ésta consiguió que abriera la puerta el propio médico, sacó Pardo del coche a Regan, que seguía sin recuperar los sentidos. Lo dejó tendido en la mesa del consultorio.

Tras el primer reconocimiento, diagnosticó el médico:

—Nada grave, pero tardará tiempo en volver a pelear. Tiene

doble fractura de mandíbula.

Dió Crystal su versión, y el médico estuvo de acuerdo en que aquello no era más que una pelea entre dos púgiles, por los bellos ojos de una Eva.

Jack Dougal, removiéndose en la cama, alargó el brazo, cogiendo el teléfono.

—… ¿Jack Dougal? Es urgente y de su máximo interés.

Bostezando entre parpadeos lacrimosos, miró Dougal el reloj de la mesita de noche, que marcaba las dos y cinco de la madrugada. La voz prosiguió:

—… Bud Regan está en un grave apuro.

Se despabiló algo Dougal, pero rebatiendo:

—… Por la mañana, a las diez, en mi despacho.

—… Será tarde. Ha de recibirme ahora mismo, Dougal, o se hunde el monopolio.

Se despertó del todo el cabecilla del *trust*; preguntando:

—… ¿Quién es usted?

—… Rudy Pardo, ex«manager», y hoy representante de Seattle. Por su propia conveniencia me recibirá ahora mismo.

—… ¿Dónde está?

—… Telefoneándole, hombre. A unos diez minutos de distancia. Voy a su casa.

Oyó Dougal el peculiar ruido del teléfono al ser colgado. Lo que no pudo ver es que la cabina de la que salía Pardo en aquellos instantes era la de un bar distante veinte pasos de su casa.

Revistió el batín, y, calzando las babuchas, se dirigió a la habitación, contigua al garaje, donde dormía Gene Hilton, su hombre de confianza y guardaespaldas.

Lo sacudió con rudeza. De la barra de la cabecera colgaba el tirante axilar con la funda de la automática, cuya culata fué lo primero que palpó Hilton, soñoliento.

Gene Hilton retiró la mano al reconocer a su patrón.

—Acaba de telefonearme Rudy Pardo. Viene hacia aquí a visitarme. No sé si viene en plan de negocios, pero me parece que no, porque citó a Regan diciendo que se hallaba en un grave apuro. Te colocas a la escucha tras la cortina. Haré que Pardo se siente de modo que te dé la espalda, a corta distancia. Si repiqueteo con mi mechero sobre la mesita, te abalanzas y le golpeas de firme. Ya le

haremos entrar en razón.

Salió Dougal, y Gene Hilton pasó al lavabo, frotándose nuca y rostro bajo el chorro helado.

En el jardín, cuya empalizada había saltado, Rudy Pardo se apartó de la ventana, tras alzar lentamente su cristalera. Tomó impulso, y dobladas las piernas de lado, penetró en la habitación en elástico salto.

Gene Hilton, que se abrochaba el pantalón, se abalanzó hacia la cabecera de la cama y tocaba ya la pistola, cuando recibió en el antebrazo un doloroso puñetazo, que le hizo abrir la mano.

El segundo golpe le resonó en la oreja, y se revolvió con presteza. Pero no era un combate con reglas y árbitro.

Rudy Pardo alzó una rodilla, a la vez que, entrelazadas las manos, las bajaba de golpe sobre el rostro de Hilton.

Encajó Pardo el doble directo al cuerpo, alzando la otra rodilla y conectando su zurda limpiamente en el mentón de Hilton.

En vaivén constante impidió que pudiera cazarle Hilton con sus «uppercuts» en corto, y, empujándole en largos directos, lo derribó sobre la cama, cabalgándole.

Presionando con las rodillas le sujetó los brazos, y mientras golpeaba sañudamente, resollaba a cada zurdazo:

—Recuerdos… de Floro…

Empleó una sábana en torcida para atarle los codos a la espalda a Gene Hilton, dejándole boca abajo en la cama.

Se quitó la americana y, recogiendo la funda axilar, se la ajustó bajo el sobaco.

Salió por la ventana y fué a llamar a la puerta principal. Abriendo, Jack Dougal mostró los dientes de oro en sonrisa de falsa campechanía:

—La hora es tardía, pero buena para recibir la visita del campeón de Seattle.

—Sólo representante con Dalton, jefe. Salté la puerta del jardín para no obligarle a pillar un mal catarro.

Mostraba Dougal el saloncito a un lado del recibidor.

—Usted delante, jefe —sonrió Pardo—. La confianza es mi lema, cuando se puede. Pero con usted, no se puede.

Jack Dougal, sentándose tras un velador, señaló el asiento frente a él. Miró al que se instalaba, distando sus anchas espaldas apenas

tres pasos de los gruesos cortinajes a cada lado del abierto umbral.

—¿Te has peleado con alguien recientemente, Rudy? —preguntó apuntando con el cigarro hacia la leve hinchazón de la boca.

—Llevo una noche agitadita. Y todo para ver de llegar a un acuerdo con usted.

—¿De qué se trata? Aludiste a Bud Regan.

—Resulta que me quiso pegar cuando le llamé canalla abusador. Tuve que defenderme, ¿no? Y, según dictamen del matasanos, va para largo que pueda Regan hacer el abusador con nadie, y menos sobre un «*ring*». O sea que se ha quedado usted sin representante-pareja.

Entornados los párpados, quiso saber Dougal:

—¿Qué estás tramando?

—Salta a la vista, hombre. Le robaron la plaza a Floro con malas artes, y, por tanto, le pertenece substituir a Regan, como representante por Tacoma, ya que es más taquillero un Ciclón del Caribe que Hal Compton.

—Escucha, cubano. Otros más listos que tú pretendieron imponerse, y les fué mal.

—A mí por ahora me va ricamente, jefe. Los otros serían más listos, no lo discuto; pero en cuanto a coraje sublevado, nadie me gana.

Jack Dougal, cogiendo el encendedor de la mesita, golpeó sobre ella. Rudy Pardo, sonriente, negó con el índice.

Repitió Dougal con más impaciencia la señal a la que debía acudir Hilton.

—Va usted a desconchar el barniz, jefe. No le puede oír Hilton, porque me hinché de darle soba.

Abriendo su americana, se aplicó Pardo una palmada en el pecho, rozando sus dedos la funda sobaquera.

—Tengo amistades en Seattle, y voy a conseguirme licencia de armas, por si los moscardones. Además, tengo una carta escrita y depositada en mi caja del Banco, y si nos pasa algo macabro a Floro o a mí, se hunde usted con todo su tinglado. O sea, que tenga pupila, jefe. Firme un documento declarando que por lesión de Regan entrenándose, le substituye Kid Fajador. Tenga pupila, jefe.

Dougal se levantó, pasó tras la mesa despacho, y, sentándose, abrió un cajón.

Sentado en la esquina de la mesa, aconsejó Pardo:

—Tóquela y se quema, jefe. Ya me estaba oliendo que se inventaría usted un mal juego de manos. Le dije que cogiera pluma y no escopeta.

Dougal se cruzó de brazos, mientras Pardo recogía la automática, que se guardó en un bolsillo.

—No me mire así, jefe. Le consta que si pretende denunciarme, se le acabó todo el negocio. Escriba ya, hombre, que tengo sueño. ¡Vaya líos en que me mete usted con su *trust* del demonio! Ande, escriba ya, que Floro está rabiando por volver a ser el «Ciclón del Caribe».

CAPÍTULO XI

Floro Galván despertó bajo la ducha hacia la que le arrastró Max Oliver. Desayunó copiosamente tras la hora de «*footing*», y reía jubiloso oyendo a Max describir los triunfos de Rudy Pardo, que seguía durmiendo.

Y fué con verdadera adoración que Floro, al mediodía esperó en el «*ring*» de entrenamiento, la llegada de su amigo, quien, vendándose las manos, anunció:

—Anoche se hizo pupa Regan, y consintió Dougal en que tú fueras el substituto con Buster Colin. A lo mejor, en el sorteo nos toca enfrentarnos, y la Biblia habló de hermanos, pero no dijo nada de primos. O sea que voy a ensañarme contigo, y te voy a zumbar todo lo que pueda.

—Eres grande, león. Me ha contado Max que tienes una zurda que es una patada de elefante.

—Podrás catarla. En guardia, hermano.

Protegidos por el casco-orejera, ambos amigos sonrieron al efectuar el clásico saludo, empujándose mutuamente los guantes.

Retrocediendo, dijo Galván:

—Me da reparos eso de pelear contigo, Rudy.

Rudy Pardo empleaba su habitual guardia baja, aplicados los puños en el borde inferior de los calzones. Avanzó la cara en mueca burlona.

—Estás grasoso y blando, Kid. No apagas ni una cerilla. Tienes manteca sobrada, hombre. Creo que no le aguantarías ni un asalto al golfillo que nos trae la Prensa…

Floro Galván arremetió alegremente y si bien estaba falto de entreno, demostró que encajaba y había mejorado en estilo.

En el segundo asalto de guantes, Kid Fajador, resoplando, empezó a batirse en constante retirada. Aferrándose con ambas manos en un cuerpo a cuerpo, jadeó:

—Estoy reventado, Rudy.

Rudy Pardo siguió martilleándole implacablemente.

Max Oliver roció con un cubo a Floro, que recuperándose, declaró:

—A este tren, me como lo que me echen.

Por la tarde, telefoneó Crystal Clinton. Y Kid Fajador estaba en el séptimo cielo, cuando le arrebató Pardo el teléfono:

—… Floro está todo derretido, Crys, pero ahora lo que conviene es que se entrene. O sea, que lo celebraremos con una comilona el día siguiente a la velada. Me gustaría charlar con Kay.

Kay Clinton arrebató presurosa el teléfono, y susurró:

—… Estoy oyéndole, Rudy.

—… Entonces te pasarás el día con silbidos, porque me paso el día llamándote cosas dulces. Oye, apenas te vi, y eso que venía preocupado, me dije: «—Éste es el ángel que te hace falta, Rudy». Y quiero ganar el título, para ser alguien, y poder llagarme con un ramo de azahar…

Rió contento Pardo, oyendo reír a Kay Clinton. Y resumió:

—… Trato hecho, Kay. Eres mi novia.

El sorteo decidió que en la primera eliminatoria, se enfrentasen Kid Fajador con Alan Wilburn y Rudy Pardo con Duke Arlen.

La tarde de la velada, Floro, al despertar de la siesta, se rascó furiosamente la pelambrera, diciendo:

—Ya sé que ahora todo es limpio, pero sigo intrigado con el truco aquel de que te valiste para que yo tumbase a Colin.

Acabando de vestirse, Pardo guiñó un ojo:

—Si patentase el truco, me haría rico. Pero para emplearlo, se necesitan dedos ágiles. Primero, para colocar el cartoncillo apenas vendadas las manos, y un segundo antes de calzar los guantes. Se hace como quien ajusta los vendajes, llevando en la palma de la mano, el cartoncillo. Era cuestión de pensar en algo que no dejase huellas, y que fuera a la vez duro y flexible. Lo es el filamento de cable eléctrico, si se aprieta en vueltas en torno a un cartoncillo del largo y ancho de los nudillos, cubriéndolo con «velpo» de vendaje para que no destaque, y con gomas ventosas al interior, se adhiere el cartoncillo al vendaje. Y un cablecillo colgando para estirar de las ventosas, mientras al final del asalto yo fingía estar atándote los guantes. Contra el pecho, como se hace normalmente. Entonces, se

estira del cable y, como las ventosas adherentes ya se han aflojado con el calorcillo, cae la plaquita en el bolsillo. Bastaba tener un bolsillo ancho en el blusón, para que dentro cayese todo el truco. Fácil como aquello del huevo de Colón. ¿Comprendido?

—¡Fantástico! —balbució Galván admirado.

—Sólo lo empleé en aquella ocasión, y para zumbarle a modo a Regan. Pero esta noche y todas las demás, harás como yo. Emplear los puños sin truco, y aguantar mecha. Si te vencen, mala suerte; pero con entreno y coraje llegarás a ganarte el ron dulce.

En la tercera fila del «*ring*», Crystal y Kay Clinton esperaban ansiosamente el inicio del combate entre Alan Wilburn y Kid Fajador.

El representante de Olympia, era un envarado estilista, que boxeaba a la contra. Floro Galván cayó por dos veces en el segundo asalto.

En el tercer asalto, un mutuo cabezazo abrió una ceja de Wilburn. Y a cambio de varias caídas más, Kid Fajador atendió las indicaciones de Max Oliver: «ensañarse con la ceja abierta».

En el quinto asalto, el árbitro detuvo el combate por inferioridad física de Alan Wilburn.

Kid Fajador saltó como un simio por el «*ring*», lanzando besos a Crystal, que agitaba su bolso para demostrar su entusiasmo.

En el tercer combate, Buster Colin venció a Sandy Brown.

Burt Dalton perdió con Jim Stark, y llegó el último combate oponiendo al negro Duke Arlen a Rudy Pardo.

Kay Clinton experimentó raros temblores, viendo la felina musculatura del cubano que esquivaba con esguinces rápidos los largos zarpazos del negro de piel brillante.

Rudy Pardo resultaba una asombrosa atracción, por sus inesperadas reacciones. Parecía al borde del K.O., en el quinto asalto, y de pronto, alzando su guardia baja, dejaba de balancearse en peligrosa esquiva, para «meter la zurda».

Al impacto, Duke Arlen recobraba una prudente distancia.

El público ovacionó el término del noveno asalto, que sorprendió a ambos adversarios en el centro del «*ring*», intercambiando una granizada de golpes, con fiera despreocupación de todo blocaje y esquiva.

En el décimo asalto, Kay Clinton se anticipó al resto del público,

saltando en pie.

Rudy Pardo, cazado por un escalofriante «crochet» del negro, estaba arrodillado, sacudiendo la cabeza.

Sintió Kay un íntimo fervor salvaje, al gritar:

—¡Arriba, Rudy! ¡Mátalo! ¡No dejes que te haga daño! ¡Mátalo!

Avergonzada, volvió a sentarse, mordiendo su pañuelo, mientras Pardo, levantándose, capeaba el ataque.

En el undécimo asalto, Duke Arlen empezó a flotar por el «*ring*», ante la sañuda persecución de Pardo. En el último asalto, su representante de Spokane, se mantuvo en pie, demostrando ser merecedor de su apodo de «Hormigón de Ébano».



...El original y excentrico Rudy de anatomía berroqueña...

El locutor vociferó la neta victoria a los puntos de Rudy Pardo.

Y aquella noche, tundidos, oliendo a coloidal y linimento, los dos amigos durmieron quince horas seguidas, esbozando a instantes beatíficas sonrisas.

Dedicaron sus dos días de descanso, a las primas Clinton.

Y emprendieron viaje a Seattle, donde iban a tener lugar las semifinales y la final, llevándose la promesa de que ellas dos estarían, no sólo en butacas de «*ring*» para estimularles, sino que se hallaban más que dispuestas a ser las hogareñas esposas de los que estaban dispuestos a ahorrar mientras siguiera ascendiendo su estrella pugilística.

CAPÍTULO XII

—Voy a ver si arreglamos de una vez nuestros papeles, Kid.

—¿Con el detective que me dijiste, nuestro paisano?

—He pensado que es mejor que me entienda directamente con el SRIC.

—¿Y éste quién es?

—El Servicio de Represión de la Inmigración Clandestina. Me iré a ver al que entiende de papeles para cubanos, porque, hablando claro, la gente se entiende.

—¿Voy contigo? —quiso saber Floro, señalando el papel rayado en el que escribía trabajosamente su diario amor a Crystal Clinton.

—No haces falta. Escribe por mi cuenta unos círculos para Kay. De los grandes, ¿eh?

—Como besos de león —relinchó contento Floro Galván.

Frank Mac Millan, sargento del SRIC, escrutó al visitante que entraba en su despacho.

—Buenos días, jefe. Me dijeron que era usted el que entendía en cuestiones del papeleo reglamentario para cubanos. Soy Rudy Pardo.

—Le vi en el «*ring*», donde se maneja bien, amigo. Siéntese. ¿De qué se trata?

—Pues resulta que a lo mejor me mete usted entre rejas, pero yo le dije a mi amigo Floro que la gente de buena voluntad, hablando claro se entiende. Y como además se lo conté todo al detective Gus Larriva, ya demostré mi buena voluntad. La lástima es que no cobramos la recompensa porque ustedes dieren con el gang, según me dijo Larriva.

Disimulando su asombro, el sargento Mac Millan comentó:

—Gus Larriva es un detective privado de una naviera.

—Sí. Fué el que me dijo que ya no tenía yo que ir a por Rick

Guilter y Russ Somers, porque habían aparecido muertos flotando en el muelle, y todo el gang estaba cogido. Oiga, parece que no me entiende, jefe. Me refiero a esos del barco que introducían contrabando y también gente que, como yo, quería trabajar en el Estado. Conrad, el marinero del pómulo con cicatriz, Guilter, qué antes se llamaba Guiteras, y Somers.

—Empiece por el principio. ¿Quiere, campeón?

—Pues como resulta que quiero mis papeles en regla, igualmente como Floro, pensé que usted era el más indicado, y para eso he venido. Cuando murió Lewis Purdom, del balazo que sin querer le asestó Rick, ya que el balazo me lo quería incrustar a mí…

—¡Un momento, un momento, pollo! Esta historieta ha de contármela con todo detalle, desde que empezó, porqué soy muy tardo de entendederas.

Dócilmente, Rudy Pardo relató cómo había embarcado, y sus ocho meses de trabajo en un campamento de leñadores de Port Ángeles, cuyas pagas percibía Guilter y que eran la condición preliminar para embarcar. Cómo después, trasladándose a Everett y, al querer prolongar Guilter la «cuota» por más tiempo de lo convenido, se había opuesto.

Detalló el accidente de la carretera, la fuga a Seattle y a Tacoma. Su regreso a Seattle, la lectura del anuncio, y cuando le había dicho Gus Larriva.

Al terminar, dijo:

—Un buche de agua no me vendría mal, jefe. Y supongo que ahora ya lo ha entendido todo, ¿no? Yo tengo un oficio sano, soy honrado con quien lo es conmigo, y deseo tener mis papeles en regla, de verdad, como Floro.

Frank Mac Millan, acariciándose la barbilla, anunció risueño:

—Dios ayuda a los inocentes, Rudy. Bébase toda el agua que quiera, mientras voy a la centralilla a que me faciliten unas conferencias urgentes con Port Ángeles y Everett.

Rudy Pardo aguardó unos veinte minutos, al cabo de los cuales, regresando, manifestó el sargento Mac Millan:

—Antes me dejaste «groggy» con tus revelaciones, campeón. Ahora agárrate a la silla, porque me toca el turno. El gang al que te refieres, y del que ya me has dado a conocer cinco componentes, uno de ellos el difunto Purdom, vamos a atraparlo gracias a ti. No

sólo tendrás papeles en regla… ¿Qué pasa?

—Para Floro también.

—También. Y te ganarás la recompensa de diez mil dólares. Este gang nos traía de cabeza, porque no es de profesionales conocidos. Está claro que se trata de personal, trabajando aparentemente con decencia para una Naviera, y que efectúa sus operaciones delictivas sin que lo sepan los demás empleados. ¿Me ayudas, Rudy?

—Naturalmente, hombre.

—Tendrás que jugarte el físico. Por de pronto empezaremos con Gus Larriva. Lo citarás en tu coche, diciendo que quieres hablarle de algo importante. Supongo que acudirá solo y entonces…

Acodado al volante, Rudy Pardo dedicó una señal al flaco detective que atravesaba la alameda del Pudget West Park, de Seattle.

Sentándose junto al volante, dijo Larriva:

—¡Hola, paisano! Ya he leído tus triunfos.

—Siento no poderte decir lo mismo, detective de pega. Sí, hombre, eres un detective ful, ¡caramba! Me dijiste que Rick y Somers habían fallecido, y ¡vaya susto que me pegué al verles vivitos y coleando ayer mismo en Everett!

Conservaba Larriva la diestra en el cruce de las solapas.

—Yo leí con estos ojazos la muerte de Guilter y Somers, paisano.

—Pues yo con estos ojillos los he visto a los dos paseando por Everett. Ellos no me vieron, y he venido a todo gas a consultarte. ¿Qué lío es éste, hombre? Me dijiste que todo el gang había caído. O sea, que eres un detective flojo de sesera. Hay diez mil a ganar, y sigues despistado. Tenemos conocidos a tres del gang. Rick, Somers, y el jefe de calderas del «Albatros II», el velero maderero, un tal Conrad Jones.

Respingando, Gus Larriva torció los labios para susurrar:

—Me dijiste que no sabías el nombre del barco ni el del fogonero jefe. Que sólo sabías que se llamaba Conrad y tenía una cicatriz en el pómulo.

—Pero Floro ha recordado. Ya sabes que también a él lo trajeron en el barco, antes que a mí. Y vino como yo, convencido de que Rick jugaba limpio, y luego nos resultó un *gangster* de pacotilla.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—¡Hombre y tanto! Como tú me propusiste la mitad de la

recompensa, a eso he venido: a repartir… Bueno, ya podemos ir al SRIC con lo que sabemos y a cobrar se ha dicho.

—¡Sí que vas a cobrar! —aseguró Larriva incisivamente, empujando la tela de su americana contra el costado de Pardo—. Conduce con cuidado hacia donde te diré.

—¡Pero, hombre…! —fingió escandalizarse Pardo.

Hizo Larriva más insistente la presión del cañón a través de la tela.

—Es precaución elemental con un tipo musculoso como tú. No es un paseo como el que quiso darte Guilter. Conozco a uno que te pagará más que el SRIC por callarte.

Pensó Pardo que se cumplían las predicciones de Mac Millan. En aquel lugar y en pleno día no iba a disparar Larriva. Intentaría atraerlo hacía, otro sitio más propicio para asegurarse de su silencio definitivo.

—¡Hombre, puesto así, cambia la cosa! A mí lo que me interesa es vivir en paz y ganar dinero, porque pienso casarme pronto.

Mentalmente se reafirmó Larriva en que aquel púgil seguía siendo un cándido bruto.

Hizo una prueba, retirando la presión amenazadora.

Rudy Pardo, embragando preguntó:

—¿A dónde vamos, paisano?

—Recto hasta el tercer cruce a la derecha. Vas progresando, ¿eh?

En el transcurso del trayecto, la conversación fué deportiva. Hizo una seña el detective, y el boxeador aparcó en la Cuarta Avenida Marítima, frente a un bloque de casas de una sola planta, rodeadas de jardín. Por instinto pugilístico, adivinó Pardo que el detective no desconfiaba de él, creyéndole totalmente engañado.

Pensó que ahora era de vital importancia que no fallase la segunda predicción del sargento Mac Millan:

«Intentará que atraigas a Floro, ya que sois dos los que conocéis sus manejos. Entonces, telefoneas a este número. El resto corre de mi cuenta».

La casa, cuya verja abrió un robusto jardinero, era idéntica a las colindantes. Un corpulento individuo, de traje bien cortado, esperaba en la galería frontal.

Era Neil Lowe, el secretario particular de Jock Harlan, uno de

los inspectores de tráfico de la agencia naviera «Olderham», en Seattle.

—Buenos días, Lowe. Le presento a Rudy Pardo un púgil con agallas y mucho coraje. Ha querido consultarme antes de revelar al SRIC determinadas cosas.

El ancho rostro de Neil Lowe tuvo una contracción poco amable.

Añadió Larriva, sonriente:

—Le he prometido que cobrará mejor recompensa no yendo al SRIC.

Sin replicar, Neil Lowe dió media vuelta, y le siguió Pardo, a cuyo costado Larriva vigilaba de nuevo, tensos los músculos y la atención.

Atravesaron un amplio vestíbulo y entró Lowe al fondo, en un despacho. Se dirigió hacia el centro, diciendo:

—Hizo mal en traerme a este individuo aquí, Larriva.

Volviéndose, encañonó a Pardo con una automática del nueve corto. Pero con la misma simultaneidad de su brusca amenaza, le conminó duramente Larriva:

—Enfunde la herramienta, Lowe, y no sea imprudente. Este muchacho tiene un amigo llamado Floro Galván, y yo he dado mi palabra de que percibirá más dinero callándose. Bastará con que venga Floro y charlemos amistosamente, hasta llegar a un fácil acuerdo.

Neil Lowe pareció dudar, mientras Pardo calculaba la más rápida trayectoria para apartarse de la línea de tiro y a la vez dejar fuera de combate a uno de los dos, empleándolo como arma arrojadiza o parapeto.

Por fin Lowe, guardando la pistola, manifestó:

—Comprendido. Tengo que consultar con el patrón.

—Eso es —aprobó Larriva, y al dirigirse Lowe al teléfono, añadió—: Reposa los músculos, Rudy. Has de darte cuenta de que siendo el negocio de envergadura, los contratiempos le hacen saltar los nervios al señor Lowe.

Rudy Pardo asintió ceñudo, pero entrecerrados los párpados, permanecía de modo que en cualquier instante pudiera actuar.

Ya se lo había advertido Mac Millan: tenía que exponer el físico, hasta que se averiguase con quién «conectaba» Larriva.

Se fijó en los números que iba marcando Lowe: 7789. Y dos

letras: CT. El listín demostraría que eran los pertenecientes al teléfono particular del despacho de Jock Harlan.

Oyó decir a Lowe:

—… Ha surgido una complicación, señor. Le ruego acuda directamente. Es esencial para todos… Gracias, señor.

Ahorquillando el aparato, miró a Pardo, exigiendo:

—Que venga su amigo Floro, si quiere tratar de negocios con nosotros.

—Kid estará ahora embuchándose un sabroso almuerzo en la cantina del «Sporting Beach». Puedo telefonearle.

—Deme los números.

Los dió Pardo, correspondiendo al aparato en que aguardaba uno de los auxiliares del sargento Mac Millan.

—¿Cantina de la playa Sporting? —inquirió Lowe.

Larriva se había sentado, vigilando disimuladamente al boxeador.

Por el auricular oyó Lowe una voz informándole de que, en efecto, era la cantina de la playa Sporting.

—… Hágame el favor de avisar a Floro Galván.

—… Kid Fajador —apuntó Pardo.

Repitió Lowe y, tendiendo el aparato, dijo:

—Explíquele a su amigo que no puede ir a buscarle, pero que espere ante la cantina, que pasará un coche a recogerle.

Asiendo el teléfono, pensó Pardo que aquélla era una inesperada complicación en la que tal vez no había cuido el sargento.

De perfil, observaba a Larriva.

Frente a él, Neil Lowe hojeaba la guía telefónica. Parecía buscar una dirección.

Habló Pardo con el auxiliar tras el convenido compás de espera:

—¡Hola, Kid! No puedo ir a buscarte, pero pasará a recogerte un coche. Aguarda frente a la cantina. Es un buen negocio. ¿Entendidos? Espera frente a la cantina…

Neil Lowe acababa de apoyar el índice en una hoja de la guía. Era desconfiado aquel antipático peso pesado, se dijo Pardo.

Estaba comprobando que la cantina del «Sporting Beach» no tenía los números que había dictado.

Tenía que exponer el físico.

No colgó el aparato. Se valió de él para asestar un directo

impulsándose con todo el peso de su torso.

Alcanzado en plena barbilla, Neil Lowe vaciló hacia atrás, mientras Pardo, aprovechando el mismo impulso, soltaba el teléfono, y, chocando de pecho contra la mesa, se dejaba caer a un lado.

Gus Larriva, en pie, empleaba un silenciador.

El «plof» resonó huecamente, astillando una esquina de la mesa.

Pardo cabeceó el estómago de Lowe, a la vez que martilleaba con los dos puños. Silbó en sus oídos el gancho que le destinaba Lowe con la izquierda, mientras intentaba sacar su pistola.

Se ladeo, empujando en «uppercut» a Lowe, mientras acudía Larriva, disparando por segunda vez.

Y entonces resonó la voz, que semejó la de un árbitro en un instante apurado:

—¡Quietos, hijitos, quietos! —ordenaba el sargento Mac Millan, haciendo irrupción.

A cada lado tenía un auxiliar encañonando, respectivamente, a Lowe y a Larriva con sus automáticas.

Uno de ellos tuvo que disparar al dar media vuelta Larriva.

Rudy Pardo respiró a fondo una gran cantidad de aire. Había expuesto el físico, sin daños y con resultados beneficiosos para su bolsillo particular y para la sociedad en general.

La Prensa de la noche publicó la detención del «gang», dedicado al tráfico de drogas y de trabajadores explotados en campamento leñador, por intermedio del reclutador Rick Guilter.

Formaba la banda, personal de la naviera «Olderham», ignorándolo los demás empleados. Rick Guilter y Russ Somers eran los pistoleros del «gang» en Everett, dedicándose Guilter a los viajes a Cuba, en su condición aparente de agente de fletes.

En Seattle, era el propio inspector de la naviera, Jock Harlan, el cabecilla de la organización, auxiliado por su secretario Neil Lowe, y el detective Gus Larriva, muerto al oponer resistencia.

El jefe de máquinas del «Albatros II», Conrad Jones, tenía sobornados a los cuatro fogoneros para ocultar el contrabando y los emigrantes. Eran en conjunto acusados de asesinato en la persona de varios emigrantes, y de dos agentes del SRIC.

Floro Galván también tenía ya sus papeles en regla, y no se avergonzó de sorber y emitir ruidosas aspiraciones nasales, cuando

Rudy Pardo afirmó:

—Ya nos podemos convertir en mariditos, Kid. A cinco mil por barba, ya tenemos para casita y despensa. No discutas, hombre. Tú mismo dijiste en tu choza de Everett que empezábamos juntos y siempre hasta el final. Tanto es así, que hasta hemos ido a enamorarnos de las dos primitas. Las veremos pronto, que ya me urge darle el gran beso rugidor a mi novia.

CAPÍTULO XIII

El programa de las semifinales, anunciaba:

«Tercer combate.
»BUSTER COLIN, el científico demoledor,
contra
KID FAJADOR, el ciclón del Caribe.
Cuarto combate.
JIM STARK, el búfalo de Spokane,
contra
RUDY PARDO, la muralla de granito».

En el vestuario, susurró Galván:

—¡Lo bien que me vendría ahora aquel truquito, león!

—Llegarás a ser alguien por tus propios puños, Kid. Recuerda que le llevas a Buster la ventaja esa llamada del complejo. Él se acuerda de la pupa que le hacías, y sabe que hoy salís a pegar sin cuento. ¡Ea, al toro, que es una mona!

Mientras se desvestía, Pardo escuchaba la breve retransmisión que desde el pasillo hacía lacónicamente Max Oliver:

—Finta mucho Buster, reservándose. Kid se mantiene a media distancia. No están aún «calientes».

Tendido en la mesa de masaje, oyó Pardo la retransmisión del cuarto asalto:

—Están contándole a Kid. Le cogió de lleno en plena barbilla.

Un griterío anunció que Kid Fajador volvía a atacar en tromba. Al sexto asaltó dobló la rodilla Galván. Y al incorporarse…

—Está echando el resto —dijo Oliver—. Ataca en corto, pega… ¡patatrás!… y nuestro Kid por el suelo…

Otro griterío ahogó el conteo del árbitro citando el fatídico fuera

de combate de Kid Fajador.

Rudy Pardo alzó los hombros, condolido. Pero ya era un triunfo que su amigo hubiese llegado a la semifinal.

Pasó por su vestuario, removiendo sus dedos entre el sudoroso cabello de Galván, que ponía cara triste.

—No te importe, hombre. Quedan más días que buchitos y en California harás cartel como semifinalista.

Al subir al «*ring*» ondeó la mano hacia Klay Clinton, cuya sonrisa era un compendio de expresividad.

En su esquina, Jim Stark, velludo y ciclópeo, tenía la facies brutal del pegador nato, de sañuda acometividad.

Sus ojillos azules, implacables, empezaron a ser una obsesión para Rudy Pardo a partir del tercer asalto. Encajaba los zurdazos en forma prodigiosa, y lanzaba unos inesperados directos al estómago que tenían la contundencia de una coz.

En el sexto asalto, tumbado boca abajo, Rudy Pardo oyó el tercer segundo. Después, una voz muy cercana, femenina, gritándole:

—¡Duro, Rudy, mi campeón! ¡No dejes que te haga daño!

Rudy Pardo alzó la cabeza, apoyando las manos en la lona. Vió el angustiado rostro lloroso de Kay Clinton, a la que con risas le invitaban algunos espectadores a que subiera al «*ring*».

Se incorporó Pardo, enfrentándose de nuevo con el púgil de Spokane, vencedor hasta entonces en sus diez combates últimos por «k. o.».

En el octavo asalto, los ojillos de Jim Stark ya no tenían aquella fijeza cruel. Por entre la sangre que destilaban sus cejas, las pupilas denotaban furor, impaciencia, y un temor creciente.

Más que nunca justificaba Pardo su anatomía berroqueña. En el penúltimo asalto, Kay Clinton gritaba, saltaba, reía y lloraba, mientras Jim Stark era retirado de la lona por sus cuidadores.

Rudy Pardo, tambaleándose, desfigurado el rostro por las hinchazones, y pensando que una cama muy blanda era su máxima ilusión, apoyó un guante en sus hinchados labios, y lanzó un beso a su novia y animadora.

Después aspiró con avidez las sales, y por el corredor recibió palmadas aprobatorias de desconocidos. El palmoteo entusiasta de Floro le complació, porque rebosaba orgullo la faz de su amigo.

Conduciendo personalmente su coche, y a solas, Jack Dougal lo detuvo frente al mirador solitario. Bajó y, forzando la sonrisa campechana al aproximarse a la glorieta en cuyo interior esperaba Rudy Pardo, preguntó:

—¿Sin rencor, Rudy?

—Ningún rencor, jefe.

—Bien, bien, bien… ¿Se puede tratar de negocios?

—Se puede. Usted tiene lengua y yo orejas.

—Tú sabes que he puesto muchas esperanzas y mucho dinero en Buster Colin. Los dos habéis llegado a la final. Si sacas el título, ¿cuánto crees que puedes ganar?

—Hombre, yo no calibro la perdiz hasta no tenerla en el plato. Buster tiene como yo dos manos, y sabe más que yo en lo tocante a técnica.

—Voy a hacerte la gran proposición, Rudy. Un combate honorable. Pierdes por puntos, y te mando, en efectivo, ocho mil en el vestuario.

Rudy Pardo silbó entre dientes:

—¡Caray, hombre! Ocho mil son ocho mil, no cabe duda. Pero ni hablar… Tengo ganas de zumbarle a Buster y veré si puedo.

—Diez mil, Rudy.

—No hay subasta que valga. He consentido en oírle, porque me figuraba algo por el estilo. Quiero ser campeón y haré lo posible para serlo. Luego, quedan muchos días, y el que pierda tendrá su revancha.

Jack Dougal dejó de ser falsamente amable. Anunció con sequedad:

—Piénsalo bien. Media hora antes de la velada, estarás aún a tiempo. Sólo que para evitar que me dediques otra sorpresa como la de tu amigo en su primer combate, te daré los diez mil a cambio de un papel escrito, donde firmarás el recibí.

—No gaste saliva, hombre. Ganará el que más pueda.

Frunciendo el ceño, se despidió Dougal, manifestando que telefonearía media hora antes de la velada.

Crystal y Kay Clinton habían abandonado sus empleos en Tacoma. Se alojaban en un hotel de Seattle, en espera del combate de la final, tras el que, fuese cual fuese el resultado, pasarían ante el juez de paz, y vivirían la luna de miel en las riberas del lago Tahoe.

Floro Galván dijo que confiaba ciegamente en el triunfo de Rudy, pero que estaría demasiado nervioso si asistía. No acompañaría a Crystal y Kay.

A las ocho y media de la noche de la velada final para el campeonato del Estado de Washington de todos los pesos, descolgó Pardo el teléfono.

Jack Dougal preguntó:

—¿Estamos de acuerdo, Rudy?

—Estamos de acuerdo en que haré lo que pueda para que me den el fajín ese, tan bonito, de campeón.

Hubo una pausa al otro lado del hilo, y, por fin, dijo Dougal:

—Bien, ¿es tu última palabra?

—¡Hombre, la última no! La penúltima, porque la última es adiós.

Kay y Crystal Clinton estaban en las dos localidades de primera fila más esquinadas junto al pasillo y correspondiendo al rincón que había de ocupar Rudy Pardo.

Habíanse verificado las finales del peso mosca, gallo, pluma y ligero. Buster Colin subió al «*ring*», y desde su rincón le pareció a Pardo que más que nunca rebosaba de engreimiento y aplomo desdeñoso el científico demoledor.

Mientras le revisaban los vendajes, antes de colocarle los guantes, Rudy Pardo volvió a contemplar la maravilla femenina que era Kay Clinton. Ella se llevó sonriente una mano al corazón, y después los mismos dedos tocaron sus labios.

Pardo prefirió concentrarse en lo que se avecinaba.

Cuando el árbitro especificaba las reglas, que se sabían de memoria, escrutó el semblante de su rival. Ostentaba una sonrisa extraña, de suficiencia, de seguridad rara.

Siempre había sido un presumido, pero aquella noche se le notaba un aire de infinita superioridad confiante.

Se tocaron los guantes, y en su esquina, asido a los cordajes, esperó Pardo a que sonara el gongo anunciando el principio del combate decisivo para él.

Significaba mucho aquel combate, y sabía ya que en el primer asalto no lograría penetrar entre la larga guardia de Buster Colin.

Un bailarín, de poderosa elasticidad, que fintaba y blocaba con maestría.

En el intermedio del primer asalto, un acomodador se inclinó al oído de Kay Clinton:

—Fuera, en el vestíbulo de salida del personal, espera Kid Fajador, señorita Kay. Quiere comunicarle algo urgente.

—Voy y vuelvo —le indicó Kay a su prima—. El pobre Floro no quiere ver el combate, pero querrá oírlo.

No era Floro Galván el que esperaba, sino Gene Hilton, que dijo:

—El acomodador no me conoce. Su amigo Kid le espera allí, señorita.

Señaló Hilton un coche.

Buster Colin boxeaba como siempre a la contra y en prudente reserva, alternando con destreza los directos y evitando la entrada en cuerpo a cuerpo.

Se extrañó Pardo de que poco antes de terminar el asalto, le permitiera su rival el «clinch». Forcejeando, con la barbilla sobre el hombro adversario, y reteniéndole el codo izquierdo, silabeó Colin:

—Tu chica tendrá el rostro quemado… si no te caes por la cuenta… La tienen con ellos Hilton y Regan…

Miró Pardo hacia la silla que debía ocupar Kay y que estaba vacía. Un recio gancho le impidió oír el gongo, señalando el final del asalto. Fué a su rincón, tambaleándose.

Crystal Clinton, haciendo un gesto de extrañeza, se levantó y, designando la salida del personal, se dirigió hacia allí.

Un vendaje rodeaba las muñecas de Kay a su espalda, y en el coche en marcha, conducido por Regan, apartó Hilton la mano de la boca femenina.

—No te asustes, paloma. No te pasará nada, porque ya está enterado tu novio, y preferirá perder a que se te estropee el cutis con un ácido especial para las nenas bonitas.

Kay Clinton reprimió un gemido te terror.

Buster Colin boxeaba en plan de superioridad. Su rival estaba encogido, como temeroso. Para el público era ya previsible el triunfo de Buster Colin frente a un rival que parecía desfondado, y que encajaba un verdadero castigo demoledor.

Gene Hilton bajó del coche, atrayendo por las atadas muñecas a

su prisionera. Estaban a obscuras los alrededores de la caseta alquilada el día antes por Gene Hilton, bajo otro nombre.

Bud Regan, apagados los faros, dejó el coche arrimado a la pared lateral. Entrando en la caseta, encendió y dijo:

—Si Buster gana, no te pasará nada; siempre que luego os calléis tú y el condenado cubano.

Desde el gallinero, un cubano gritó:

—¡Engállate, Rudy! ¡Se te ve el pánico!

Era el cuarto asalto, y Buster Colin pegaba a placer. Su adversario parecía tener algodón en los brazos, y sólo por reflejo esquivaba cuánto podía gracias a que su juego de piernas actuaba por instinto entrenado. Sentía nacer en él un odio inmenso contra el sonriente Colin, pero contraía el rostro, viendo como en una pesadilla, un lindo semblante femenino corroído por el vitriolo.

El árbitro tendió el brazo señalándole a Colin su rincón, antes de empezar el conteo.

Arrodillado, emitió Pardo un ronco sollozo.

Aquel combate lo iba a ganar Jack Dougal.

Bajando del taxi, Floro Galván advirtió:

—Vuelve de estampía y dile a la señorita Crystal Clinton, fila primera, número catorce, que venga contigo hasta aquí, volando. A todo gas.

Dirigiéndose hacia la caseta donde se había detenido el coche conducido por Regan, Galván pensó que su nervosismo, impidiéndole presenciar de cerca el combate, iba a dar buenos resultados.

Había visto a Kay Clinton cuando entraba en el coche empujada por Gene Hilton.

Recordando la paliza administrada por Hilton y Regan, rió en silencio, mientras en torno a sus nudillos, como si fuera un vendaje, iba apretando cable eléctrico.

Hacía días que llevaba en el bolsillo aquel pedazo de cable, pensando de un momento a otro comprobar prácticamente, por simple curiosidad, el «truco» ingenioso inventado por Rudy.

Estaban sus dos manos ceñidas por el filamento metálico, cuando pegó con el pie, de plano, en la puerta de la caseta.

Y había puesto tanta energía vengativa en el patadón, que la

puerta abanicó en quejido lastimero.

Max Oliver, disgustado, insistió:
—Pero ¿qué te sucede, Rudy? No puedo creer que te hayas vendido, pero lo estás haciendo como si así fuera.
Rudy Pardo abrió la boca, manteniéndola abierta, pidiendo con ello el protector dental. Masticó rabiosamente el caucho.
No le quedaba más remedio que dejarse ganar, pero sería a los puntos. Iba a frenarle un poco los ímpetus a aquel abusador canalla.
Y aprovechó un cuerpo a cuerpo para resollar:
—Ganarás, cochino…, pero vete con tiento… A los puntos, marrano…
Lo empujó y, por unos instantes, Buster Colin se batió en retirada, aunque sus ojos patentizaban una amenazadora advertencia.

Tras el abaniqueo de la puerta saltando de sus goznes, penetró en tromba Floro Galván. Chocaron sus puños con el primer obstáculo que encontró. Bud Regan llevaba aún el vendaje soportando su mandíbula inferior, y la blancura atrajo en directo la diestra de Galván.
Gene Hilton sacó su pistola y disparó…
Notó Galván algo tibio a un lado del cuello, tras la quemadura, y se abalanzó puños adelante en doble directo.
Golpeó con frenesí, y siguió golpeando inclinado sobre el cuerpo yacente de Gene Hilton.
—¡Cuidado, Floro! —gritó Kay empavorecida.
Bud Regan, recobrándose del hondo dolor que repercutía en todo su cráneo, alzó la pistola empuñándola por el cañón.

En el séptimo asalto, los silbidos de protesta reprochaban la actitud incomprensible para el público de Rudy Pardo, que, encogido, daba la sensación de estar acobardado, y solamente dispuesto a batirse en defensiva cerrada, sin pasar nunca al ataque.
Se hallaba en una esquina, tratando de capear la granizada que le rociaba, cuando una voz femenina gritó:
—¡Pégale fuerte, Rudy!
Sonó el gongo y el árbitro se interpuso, empujando a ambos lados.

Rudy Pardo, pestañeando, contemplaba yendo hacia su esquina, a la que junto a los cordajes, empezó a decir apresuradamente:

—Me salvó Floro. Tiene una herida de refilón, y está curándose. Va a venir. Llamó al sargento Mac Millan para que me custodiase.

Riendo con salvaje alegría bajo el chorro de agua, Rudy Pardo dijo tan sólo:

—Siéntate cómoda, mi vida.

Y girando la cabeza miró a su rival.

Kay Clinton, al sentarse, seguía estremeciéndose. Esta vez se lo causaba haber advertido la mirada que, dedicada a Buster Colin, había transformado por completo al sencillo boxeador cubano, en un ser extraño, cruel y sádicamente rencoroso.

Y empezó el octavo asalto.

Buster Colin salió de su esquina, huidiza la mirada, doblada la guardia, en alto los puños ante el rostro.

Rudy Pardo no se lanzó en tromba. Anduvo en lenta zancada, baja la guardia, avanzando el busto, riente la sangrante cara.

Entró Colin el brazo derecho, Rudy Pardo se ladeó con indolencia, y súbitamente aplicó un zurdazo, que restalló ruidosamente en pleno flanco de Colin.

El repórter cronometrador, contó cincuenta y ocho segundos, en los que, seguidos, Rudy Pardo, transformado en un torbellino, golpeaba sin cesar, recibiendo golpes que en otra ocasión le habrían derribado, encajándolos insensible, con mueca plasmada de salvaje furor.

No era ya un boxeador queriendo ganar, sino un hombre deseando matar.

Buster Colin, cayendo de rodillas, oyó como procedente de muy lejos, el número ocho y se levantó…

Treinta y seis segundes seguidos, volvió a contar el cronometrador, en los que de nuevo, en torbellino desencadenado, con saña, con furia inhumana, martilleó Rudy Pardo.

Los golpes en réplica de su rival, iban siendo cada vez más imprecisos. El público presenció cómo iba a caerse completamente «groggy» Buster Colin. Y sonaron alaridos ancestrales, viendo como Rudy Pardo impedía la caída de su rival, alzándole la cara en sendos ganchos, restableciéndole en equilibrio con zurdazos al hígado y cortos «jabs» al otro costado. El árbitro gritaba

inútilmente, proclamando el «k. o.» técnico de Colin. Por fin consiguió apartar a Pardo atrayéndole por los codos en brusca sacudida.

Buster Colin, lívida la piel donde no estaba manchada de sangre, se desplomó de frente, en tétrica caída.

Una ovación unánime acogió el rotundo triunfo del nuevo campeón del peso medio en el Estado de Washington. Que justificó también su renombre de excéntrico, porque, quitándose los guantes, saltó las cuerdas, y corrió hacia el «manager» de Buster Colin.

Jack Dougal adelantó las dos manos. Las apartó ferozmente Pardo, y arremetió.

Al primer zurdazo, Jack Dougal se inclinó a un lado. Al segundo impacto, crujió su mentón y, levantando los brazos, saltó hacia atrás, yendo a caer sobre una silla, que rompió con su peso.

El sargento Mac Millan, asiendo por el cuello a Rudy, le gritó al oído:

—De esta gentuza me encargo yo, campeón. Tú, al «*ring*». ¡Venga, al «*ring*»!

La prensa dedicó extensos reportajes a la descalificación a perpetuidad de los componentes del «trust». Gene Hilton y Bud Regan eran acusados de secuestros, amenazas de muerte y lesiones invalidando púgiles que intentaron oponerse al «trust».

Ed Wilson y Jack Dougal como inductores morales, y promotores del «trust» de Tacoma, iban a responder de numerosas defraudaciones delictivas.

En el coche, y saliendo de visitar al juez de paz, Crystal dijo suspirando:

—Esto sí que es amor, Kid.

Floro Galván, vendado el cuello, se limitó a seguir besando y estrujando.

Al volante, frenó Rudy Pardo en seco, diciendo con voz entrecortada:

—Este impaciente me contagia, hombre. Un paisaje de miedo, ¿verdad, cariño?

Dos tiras de esparadrapo le formaban cejas artificiales.

Kay musitó:

—De miedo, cariño.

—Un primer beso que tanto he esperado, que…, ¡hombre!, por

fin solos.

Kay Clinton se encogió, cerrando los párpados, trémula y extasiada. El campeón de Washington besaba con dulce coraje.

Atrás, Floro Galván rió con estentórea alegría:

—Ya ruge el león. ¡Y qué ron más dulce nos vamos a soplar!

FIN



Ortografía fácil

es el título del utilísimo volumen que la prestigiosa

COLECCIÓN PRÁCTICA

le ofrece esta misma semana.

ORTOGRAFÍA FÁCIL

Merced a su contenido, que consta de infinidad de normas y casos prácticos, hallará usted todo lo necesario para escribir correctamente, cualidad que indispensablemente deben poseer quienes deseen ocupar empleos bien retribuidos.

ORTOGRAFÍA FÁCIL

¡No deje de adquirir este volumen, señora y señorita, porque le ayudará eficazmente, resolviéndole todas sus dudas!

COLECCIÓN PRÁCTICA

lo publica esta misma semana.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS.

Precio: *5 ptas.*



...PARA LEER

El DDT

LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA
DE TODOS LOS TIEMPOS

SOLO CUESTA 2 PTS.

LLUVIA DE ESTELLAS




N.º 109 Actriz alemana que ha triunfado en Hollywood, y a la que hemos visto recientemente en importante papel en "Rifles de Bangala". Es la actual esposa de Robert Taylor.

Foto R. K. O. Radio

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 — BARCELONA — (España)
Precio en España: 5 ptas. Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: $3,50